

EN LA RED

INTRODUCCIÓN

FRANCISCO CAUDET
Universidad Autónoma de Madrid

Puesto a escribir estas palabras sobre *En la red*, me vienen a la memoria los encuentros que tuve en el otoño de 1980 con Alfonso Sastre en Fuenterrabía. Allí me reuní con él cuatro días, grabando en su despacho, frente a la bahía de Txingudi. En mayo de 1982, volví a visitarle para poner al día las grabaciones y retocar algunos detalles del manuscrito. Mi intención primordial había sido intentar dar una visión, lo más directa y personal posible, pero a la vez documentada, de la figura y de la obra de Alfonso Sastre. Esas conversaciones, que titulé *Crónica de una marginación*, las publicó Ediciones de la Torre en 1984. No creo se vendieran más de 200 ejemplares. Pero, en honor a la verdad, el libro, un fracaso editorial, ha tenido la virtud de ser ampliamente citado en los estudios sobre la obra de Alfonso y sobre el teatro español de los años del franquismo y el posfranquismo.

En la red (1959) hay que situarla en el momento histórico en que fue escrita y estrenada. Y también en la lucha que por un cambio en la escritura y función del teatro estaba protagonizando Alfonso en ese momento. Por ello, a la hora de ubicar *En la red* en su contexto histórico conviene recordar, por su importancia y por su inmediatez, el testimonio «Catorce años», que Alfonso publicó, en diciembre de 1959, en *Primer Acto* y la declaración del Grupo de Teatro Realista, que dio a conocer en septiembre de 1960. A la vez, *En la red* es una muestra de la praxis teatral que se halla estrechamente relacionada con reflexiones teóricas de Alfonso sobre la censura, el posibilismo y el imposibilismo, cuyos términos se vieron plasmados en el debate que mantuvo en 1960 con Antonio Buero Vallejo.

A mi pregunta sobre el juicio que en 1980 —cuando le hice la entrevista— le merecía la declaración del Grupo de Teatro Realista, me contestó:

Fue muy, muy interesante. Fue lo más interesante quizá que yo he hecho como teatro propiamente dicho, haciendo una diferenciación entre la escritura teatral, que eso es un tema, y el teatro. En cuanto a teatro propiamente dicho, el Grupo de Teatro Realista es el momento en que yo me aproximo más al tipo de experiencias que quería hacer. Fue también una tentativa de aprovechar las condiciones del sistema teatral profesional, de darle una vuelta y hacer un experimento muy diferente a los condicionamientos del sistema. Por tanto era también una experiencia abocada, sin duda, al fracaso. Claramente, yo nunca tuve esperanza de que aquello fuera a seguir. Por un lado, porque era oponerse al sistema teatral desde dentro del sistema teatral, y por otro, porque era tomar unas posiciones radicales. Con ese teatro queríamos hacer un teatro político, de izquierda revolucionaria, o sea queríamos contribuir con ese teatro a la destrucción del fascismo, lo que ya era una pretensión bien ambiciosa, y en el plano estético queríamos hacer una investigación de las formas del realismo en el teatro. El Grupo de Teatro Realista no pretendía decir que fuera un grupo determinado que tratara de ilustrar determinadas teorías sobre el realismo, sino que era una investigación dentro del realismo y sus posibilidades. Para empezar, era una pregunta sobre qué es el realismo o qué puede ser el realismo dentro del teatro. De manera que no se trataba de una toma de partido de carácter sectario, ni siquiera en la estética del teatro. Decíamos: «Vamos a ver, vamos a investigar, formando un grupo de trabajo, un grupo de investigación, en el cual tendrán casi tanta importancia las representaciones propiamente dichas como los coloquios y los debates sobre los espectáculos». Y así se hizo.

En cuanto a la censura, cuestión que también le planteé, me dio esta respuesta:

A la censura nos oponíamos formalmente e intensamente. Libramos una gran batalla contra la censura. En aquel momento hubo un documento, que se llamó «Documento contra la censura» y que firmó, es decir, firmamos, varios cientos de personas. Fue en el 59 o en el 60. El documento lo hicimos nosotros, con Aldecoa y otros amigos. Firmó, como digo, bastante gente. Bueno, [...] sí, la censura era algo totalmente inaguantable, invivible... En aquel momento había como un cansancio dentro de la censura, porque todavía estaba el viejo ministro de Información, que lo había sido durante todo el franquismo; todavía estaba ese ministro. Claro, era ya un Ministerio muy degradado. Ese momento de cansancio que hubo

fue aprovechado por algunas personas para tomarse algunas libertades. Ése fue el momento en que se hizo el Grupo de Teatro Realista y se estrenó, por ejemplo, *La camisa*, de Lauro Olmo... O sea que fue un año en el que se hicieron algunas cosas de cariz casi subversivo. Resulta una cosa rara. No es que hubiera una liberación, sino que nos toman la libertad de hacer cosas que un poco antes hubieran sido totalmente imposibles.

En cuanto a la polémica que en 1960 mantuvo en *Primer Acto* con Buero Vallejo sobre el posibilismo, polémica muy cercana a la escritura y estreno de *En la red*, me decía Alfonso:

Pues sí, esto fue un artículo aparecido en *Primer Acto*, en donde yo sometía a crítica dos posiciones, la posición de Buero Vallejo y la posición de Alfonso Paso, según las había observado en las manifestaciones de ellos. La posición de Alfonso Paso fue por artículos que él había publicado diciendo que había que firmar un pacto con el sistema, para después, desde dentro del sistema, atacarlo. Y la posición de Buero Vallejo, porque en una reunión con directores de teatro, a la que yo asistí en un Colegio Mayor de Madrid, atacó a las gentes que hacíamos un teatro deliberadamente imposible. Se refería evidentemente mucho a mí, y decía que había que adoptarse una postura posibilista. A esta posición de que había de hacerse un teatro posibilista y a la de Alfonso Paso de que había que firmar el pacto social –mira si después se han firmado pactos sociales–, pues yo, entonces, contesté con un pequeño artículo en *Primer Acto* que se titulaba así: «Teatro imposible y pacto social», en el que afirmaba que la firma del pacto significaba entrar en un camino irreversible, era ingresar en el conformismo, pues luego una vez firmado no había forma de romper el pacto... Ésa era la respuesta a Alfonso Paso. En cuanto a la respuesta a Buero Vallejo consistía aproximadamente en decir que no se podía hablar de un teatro posible en la medida en que la censura no tenía una estructura determinada, pues arbitraria, y que el preconizar la realización de un teatro posible, desde el punto de vista del posibilismo, podía encerrar el riesgo de la autocensura, de que nosotros le ahorráramos el trabajo a la censura al censurarnos a nosotros mismos. Yo era contrario a eso, por tanto, y defendía estar siempre explorando las fronteras de lo imposible, haciendo más bien un teatro que fuera imposible, pero posibilitando ese teatro, mediante la acción de todos. Así, ejerciendo o tratando de ejercer la libertad, por lo menos revelaríamos la estructura del mecanismo opresor, cosa que no se produciría si nosotros mismos, desde unas posiciones posibilistas, evitábamos el trabajo de la censura, interiorizando nosotros esa censura. Bueno, más o menos ése era mi pensamiento. Lo expuse en el artículo, muy breve, de *Primer Acto*. Buero Vallejo contestó

con un largo artículo; yo creo que él se habrá avergonzado después de haber hecho un artículo así. Porque era un artículo que pretendía ser muy cruel contra mí, al indicar todos los aspectos posibilistas que había en mi teatro y cómo no correspondía a mis ideas el hecho de que yo mismo había practicado el posibilismo. Bueno, era una tesis perfectamente defendible porque yo reconozco perfectamente que *La mordaza* fue una obra que intentó ser posible después de tres obras prohibidas. De modo que eso históricamente era cierto. Lo que ya significaba cierta mala fe, cierto deseo de hacer un ataque muy hiriente, era presentar un proceso, que había sido histórico en mí, de una manera sincrónica. Pues claro, esas contradicciones que históricamente se pueden explicar por un proceso en el que haya pasado por esa y por aquella fase... Presentarlo todo en el mismo saco sincrónico era como presentar la imagen de un escritor esquizofrénico que decía una cosa y hacía otra. Eso era malo desde el punto de vista intelectual por parte suya. Además al final decía que, bueno, con eso se terminaba ya la polémica... Era un artículo larguísimo. Yo contesté a ese artículo con un artículo mío, breve también, reponiendo y explicando mis puntos de vista. Pero lo que quedó de esa polémica fue esos términos: el posibilismo, el imposibilismo. De eso trató la polémica. Yo no conservo esos textos porque he perdido mi colección de *Primer Acto*.

Cuando le recordé que en más de una ocasión había llegado a decir que tal vez estaban los dos un poco equivocados, me respondió:

Lo he dicho y lo mantengo. ¿Equivocados?... Pero ¿qué se podía hacer? No había otra posibilidad. ¿Cuál hubiera sido la tercera posibilidad? No lo sé. En fin, equivocados en la medida en que ambos postulábamos la destrucción del sistema fascista, la liquidación del régimen franquista, y, por tanto, la expresión de nuestra libertad. Entonces, yo pienso que la equivocación de Buero Vallejo consistía en que al ejercer su trabajo desde el punto de vista posibilista se adaptó al sistema. Y adaptándose al sistema, no contribuyó demasiado a romperlo. Una historia que termina en la Real Academia de la Lengua, por lo que no me parece que sea un gran triunfo desde el punto de vista inconformista. Y, por otro lado, la posición mía, más radical, tampoco es un gran triunfo, porque ese radicalismo de mis posiciones me llevó a la inoperancia, a que mis obras no se estrenaran. Con lo cual tampoco contribuí grandemente a la libertad. O sea que, por un lado o por otro, llegábamos a que el teatro no servía para gran cosa desde el punto de vista de la subversión social a la que algunos queríamos abocar.

En cuanto a *En la red*, me corroboró que, tal como me parecía a mí, había sido un drama importante en el conjunto de su obra teatral:

Lo es para mí porque lo escribí en una situación semejante a la que los personajes viven en la obra. Entonces se estaba preparando, por parte del Partido Comunista, una jornada de protesta a escala nacional y había una gran redada. En aquellos momentos, estaban deteniendo a la gente. Está escrito, pues, en un momento en que nosotros mismos pudimos ser objeto de la detención. Pero de todos modos funcionaba siempre, por mucho que uno no quisiera, un cierto mecanismo de autodefensa que hacía que uno tomara precauciones. La obra resultó un tanto abstracta. Porque la acción se desarrolla en un país norteafricano. Hay unos árabes fantasmagóricos que no tienen mucha consistencia... Era la única forma en que yo veía que la obra pudiera representarse, haciendo algunas brumas sobre la localización. Porque, claro, la localización tendría que haber sido en Madrid durante la preparación de la jornada del año 59, pero, entonces, al hacer esa transcripción al norte de África, con la guerra de Argelia, más o menos, yo tomaba unas distancias que hacían irreconocible el tema desde el punto de vista de un teatro documental de nuestro momento. Y, al mismo tiempo, como testimonio sobre la guerra de Argelia tampoco era muy... No, no era ni lo uno ni lo otro. Sobre la guerra de Argelia yo había leído entonces *La Question*, de Henri Alleg, lo que fue para mí muy interesante. En *En la red* yo recogí documentos literalmente de *La Question*. Todo el relato de las torturas es el de las torturas que practicaban los franceses en Argelia. Pero quizás para un espectador francés o argelino esa obra resultaría exótica, abstracta, no la reconocerían, mientras que para nosotros, para el espectador de Madrid, resultaba africana. O sea que para los africanos resultaría madrileña, y para los madrileños, africana. Y eso era un resultado de las condiciones en las que vivíamos, que eran muy difíciles. Muchas veces, no solamente lo habrás visto en mi teatro sino en el teatro de algún otro compañero, teníamos que situar las acciones de las obras en países extraños, en medios indeterminados.

También me explicó la razón por la que él y otros solían en aquellos momentos emplear nombres extranjeros para los personajes:

Lo hacíamos para enmascarar y para que la censura no prohibiera las obras. Eso habría que tenerlo en cuenta a la hora de hacer un juicio acerca de lo que se escribió en aquellos años. Porque si no, no se entendería por qué hacíamos esas cosas tan raras. Más tarde, *En la red* se hizo en Moscú, y allí ya la acción la pusieron en Madrid. El título era *Madrid no duerme de noche*. Cuando me pidieron permiso para hacer esa transcripción dije: «Sí, porque justamente es lo que yo hubiera deseado hacer y no pude hacer en Madrid». Yo no sé cómo quedaría la obra, porque no llegué a verla, pero por lo menos la idea era buena. Muchos años después yo hice prácticamente una reescritura de *En la red*, que se llama

Askatasuna, obra editada en mi *Teatro político*, pero ya con todo perfectamente reconocible dentro de la lucha del País Vasco. Ahí sí está lleno de carne y de sangre auténticas, de la vida, de los debates... Ya no es una obra abstracta. Pero fijate qué proceso tan largo hasta llegar a escribir *Askatasuna*.

EN LA RED

NOTA PARA LA EDICIÓN DE HIRU (1994)

En el año 1959 escribí mucho para el teatro. En febrero terminé *Asalto nocturno*, que había empezado en septiembre del año anterior sobre un plan que ya tenía escrito desde algún tiempo antes. Claudio de la Torre, que era el director del Teatro María Guerrero, intentó estrenarla en aquel teatro, pero en el Ministerio se lo impidieron, como antes le habían impedido también estrenar otra obra mía, *Muerte en el barrio*, para la que ya había encargado los decorados y los trajes al pintor Eduardo Vicente. (En 1957 había estrenado *El cuervo*, escrita en el turbulento 56).

De mayo a junio de aquel 1959 escribí esta obra que ahora tienes en tus manos; y en aquel mismo año, desde agosto hasta septiembre, *La cornada*.

En la red fue mi obra del Grupo de Teatro Realista (1961). Luego se hizo, que yo recuerde ahora, en Cuba, en la DDR y, con el título *Madrid no duerme de noche* –por tanto, situando su acción en Madrid, como hubiera sido mi deseo– en Moscú. Sobre el mismo diseño argumental escribí, para la televisión sueca, *Askatasuna*, que es uno de mis *Cuatro dramas vascos* aparecidos en estas ediciones de Hiru.

Durante las representaciones de esta obra, fui detenido por la policía bajo la imputación de que en nuestro teatro se había redactado un manifiesto en el que se reclamaba la amnistía para los presos políticos. Vigilados y acosados por la Brigada Político-Social, aquel teatrito empezó a ser llamado por nuestros enemigos «la checa de Recoletos». (El local se llamaba Teatro Recoletos y estaba en el paseo del mismo nombre.) Por otro lado, el local era pequeño, y los precios, bajos, lo que era otro factor en contra de nuestra supervivencia.

Aquella breve temporada, que conté en la edición italiana de esta obra con el título *Una temporada en el infierno* –en recuerdo de y homenaje a Rimbaud– terminó, a las nueve semanas de su comienzo, con pena y con gloria.

ALFONSO SASTRE
Hondarribia, diciembre de 1993

OTRA PEQUEÑA NOTA DEL AUTOR

Muchas veces he pensado, repensando esta obra, que a pesar de ser yo por entonces un tanto experto en los aspectos clandestinos de nuestra lucha, planteé una situación que sólo podía hacerla verosímil una extrema penuria de medios y domicilios por parte de los combatientes, pues de otro modo no se concibe que se refugien en una casa conocida por una persona que está detenida y muy probablemente sometida a tortura. ¿Tan mal estaban que no podían haberse refugiado en otra parte?

También hay un aspecto débil, creo yo, en cuanto a que el ambiente es muy indeterminado y convencional. Suponiendo que se trata de un movimiento de liberación nacional, es curioso que elijamos nuestro censo de personajes dirigentes entre los nacionales del Estado opresor. Los árabes de esta obra son personajes secundarios, y, si pensamos en la guerra de Argelia —que es lo que se piensa, aunque no se diga explícitamente en la obra—, las cosas no fueron así, aunque mi documentación partió de la experiencia de un comunista francés detenido y torturado por sus compatriotas.

José Zorrilla escribió en los últimos años de su vida sobre los disparates que había cometido en la escritura de su *Don Juan Tenorio*. Algo así he hecho yo ahora, y también hay una semejanza en que estoy escribiendo esto en las postrimerías de mi actividad en el teatro, en la literatura y en la vida.

ALFONSO SASTRE
Hondarribia, diciembre 1993

UN DOCUMENTO

«J., siempre sonriendo, agitó primero ante mis ojos las pinzas en que terminaban los electrodos. Unas pinzas pequeñas de acero brillante, alargadas y dentadas. Pinzas “cocodrilos”, como las llaman los obreros de las líneas telefónicas que las utilizan. Me fijó una al lóbulo de la oreja derecha, la otra a un dedo del mismo lado.

»De un golpe salté, a pesar de mis ligaduras y di un aullido con todas mis fuerzas. Ch. acababa de mandarme al cuerpo la primera descarga eléctrica. Cerca de mi oreja había surgido un prolongado resplandor y sentí en mi pecho que mi corazón galopaba. Me retorció aullando y me ponía rígido hasta herirme, mientras las sacudidas mandadas por Ch. con la magneto en las manos se sucedían sin cesar...

»Bruscamente sentí como la mordedura salvaje de una bestia que me hubiera arrancado la carne a tirones. Siempre sonriente sobre mí, J. me había sujetado la pinza al sexo. Las sacudidas que me estremecían eran tan fuertes que las correas que me sujetaban un tobillo se saltaron. Pararon para atarlo y continuaron.»

HENRI ALLEGH

«La question»

Les Editions de Minuit

París, 1958

Esta obra se estrenó en el Teatro Recoletos, en Madrid, durante la primera temporada del GTR (Grupo de Teatro Realista), el día 8 de marzo de 1961, con el siguiente

REPARTO

PABLO	Antonio Casas
CELIA	Amparo Soler Leal
TAYEB	Antonio Queipo
AÏESCHSA	Magda Roger
HANAFI	Francisco Taure
LEO	Agustín González

Una patrulla de la Policía Militar:

SARGENTO	Manuel Torremocha
SOLDADOS	Antonio Cobos, Juan Luis, Manuel Muñoz y Juanjo Seoane

Decorado Javier Clavo

Dirección

JUAN ANTONIO BARDEM

NOTA. Los seis personajes llevan trajes ligeros y claros. (Es verano.) Aunque ninguno de ellos, durante los actos primero y segundo, haga grandes comentarios sobre el calor (quizá porque todos están habituados a él), la dirección de escena cuidará de señalar los efectos del ambiente sobre ellos: gestos, movimiento, sudor. En el acto tercero el tema salta al diálogo por la aparición del viento del desierto. La dirección de escena cuenta ahí con datos suficientes para un expresivo desarrollo escénico, aunque el tema llega a caer del diálogo por la fuerza de los acontecimientos.

ACTO PRIMERO

Anochece.

Es el crepúsculo. PABLO –un hombre de aspecto ingenuo y sonrisa un poco burlona– está inmóvil; mira fijamente hacia el exterior: a la terraza sobre la cual ya empiezan a caer las sombras. Entra CELIA; es una mujer muy bonita, pero viste severamente. Va sin pintar. Trae una taza con una infusión.

CELIA.– ¿Qué hace ahí?

PABLO.– Esperando a que anochezca.

CELIA.– No sé para qué.

PABLO.– Para salir un rato.

CELIA.– Puede ser peligroso.

PABLO.– No me verá nadie. Sé cómo hacerlo.

CELIA.– Hay que tener cuidado.

PABLO.– Ya lo sé. Saldré con la luz apagada... Me pegaré a la barandilla. Es para ver la calle, ¿sabe? Por distraerme un poco. Por respirar...

CELIA.– Tome esto. *(Le tiende la infusión.)*

PABLO.– Gracias. *(Coge la taza y bebe.)*

CELIA.– *(Se sienta. Suspira.)* Me he echado un poco en la cama. Pero no puedo descansar. He leído un rato.

PABLO.– Yo no puedo leer. Tampoco duermo desde que nos encerramos aquí.

¿Cuánto tiempo hace?

CELIA.– *(Sonríe.)* ¿Ya ha perdido la noción del tiempo?

PABLO.– Creo que hace... tres días.

CELIA.— Así es.

PABLO.— Parece mucho más tiempo. Además, hace demasiado calor. Estoy sudando. Se me caen encima... estas cuatro paredes. (*Un silencio.*)

CELIA.— Es la primera vez, ¿verdad?

PABLO.— Sí. (*Un silencio. La observa.*) Usted... ¿ya tiene experiencia?

CELIA.— (*Ligeramente.*) Bastante.

PABLO.— Entonces enséñeme a soportarlo.

CELIA.— Lo intentaré... De todos modos, tengo que rogarle que no salga.

PABLO.— ¿A la terraza?

CELIA.— Pueden verlo desde las casas de enfrente.

PABLO.— Yo tendré cuidado.

CELIA.— Es mejor no salir. Estamos... (*Sonríe.*) en un departamento deshabitado. Nadie vive aquí, ¿lo entiende?

PABLO.— (*Sonríe también*) Entonces..., ¿nosotros? (*Se seca el sudor de la frente con un pañuelo.*)

CELIA.— ¡No hay nadie!

PABLO.— ¡Es cierto! ¡Nadie! ¡Sólo... fantasmas! (*Rien. Un silencio.*) ¿Cómo están nuestros huéspedes?

CELIA.— Ahora descansan. Les he dado un calmante. (*Un silencio.*) ¿Se siente mejor?

PABLO.— Un poco.

CELIA.— Verá cómo se acostumbra.

PABLO.— ¿Ha subido ya el portero?

CELIA.— No.

PABLO.— ¿A qué espera?

CELIA.— Él sabe cuál es el momento oportuno. Cuando todos los habitantes de la casa duermen, él subirá muy silenciosamente.

PABLO.— ¿Traerá los periódicos?

CELIA.— Claro.

PABLO.— (*Saca cigarrillos.*) ¿Quiere fumar?

CELIA.— No, gracias. (*Él enciende. Ella lo observa.*) Le preguntaría quién es usted. (*Él va a decir algo. Ella lo detiene, con un gesto.*) Pero no lo haré nunca. Es capaz de decírmelo.

PABLO.— ¿Por qué no?

CELIA.— (*Lo observa.*) Se diría que nunca ha trabajado en nuestra organización.

PABLO.— ¿Por qué?

CELIA.— Desconoce las reglas.

PABLO.— (*Sonríe ingenuamente.*) Eso creo.

CELIA.— Cuanto menos sepamos los unos de los otros, mejor. ¿Es capaz de entenderlo?

PABLO.— Creo que sí. Pero... (*Se calla.*)

CELIA.— Dígalo.

PABLO.— Me parece horrible.

CELIA.— Nadie ha dicho que no lo sea.

PABLO.— (*Parece reflexionar.*) Pienso que se nos niegan demasiadas cosas.

CELIA.— Casi todo... por ahora.

PABLO.— ¿Y hasta cuándo?

CELIA.— Hasta..., hasta ese día feliz. Ese día podremos mirarnos todos cara a cara.

PABLO.— Afortunadamente creo en ese día.

CELIA.— Todos creemos. O hacemos por creer.

PABLO.— Ese momento va a llegar muy pronto, créalo. Yo tengo motivos para decirle...

CELIA.— (*Le interrumpe.*) Así sea.

PABLO.— (*Sonríe.*) ¿Tiene miedo de que hable demasiado?

CELIA.— Mucho.

PABLO.— Miedo, ¿a qué?

CELIA.— Nunca me han..., digamos que nunca me han hecho daño. No sé hasta dónde podría llegar.

PABLO.— Yo tampoco tengo experiencia. Pero creo que podría llegar bastante lejos.

CELIA.— Nunca se sabe. Otros, tan fuertes como usted, han hablado así, y luego no pudieron soportarlo.

PABLO.— Eso es hablar de cosas tristes, ¿no le parece?

CELIA.— (*Sonríe.*) Siempre se cae en lo mismo. Perdóneme. (*PABLO pasea intranquilo. Ella lo mira.*) Ahora sí quisiera un cigarrillo, por favor. (*Él se detiene. Va junto a ella y se sienta a su lado. Le ofrece un cigarrillo y fuego.*) Gracias. (*Están ya en una semipenumbra.*)

PABLO.— Es... una mujer muy bonita. ¿Se puede hablar así dentro de la organización?

CELIA.— Se puede..., pero no es necesario. Gracias. (*Se levanta con cierta brusquedad y va junto al ventanal. Cierra la persiana, silenciosa,*

cuidadosamente. En la oscuridad, en la que brillan los cigarrillos, se oye su voz.) Encienda esa luz. (Por la lámpara, que enciende también un aplique.)

PABLO.— *(Un poco burlón.)* ¿No teme que se vea algo a través de las rendijas?

CELIA.— Enciéndala. *(Él lo hace. Ella enciende la lámpara que hay sobre el tablero de trabajo.)*

PABLO.— Pero no se enfade conmigo. *(La luz se enciende. PABLO está junto al interruptor.)* Es de noche. A estas horas los cabarés abren sus puertas. La gente empieza a divertirse. Suena música americana y corre el champán francés. ¿Quiere que demos una vuelta? Conozco un sitio interesante. Una cueva donde una mujer se desnuda de un modo muy agradable. Es un espectáculo...

CELIA.— Cállese.

PABLO.— Hago lo posible por divertirla. Bromeo. Trato de ser un compañero divertido.

CELIA.— No lo consigue.

PABLO.— Entonces le pido mil disculpas.

CELIA.— Tampoco es necesario.

PABLO.— *(La mira.)* Voy dándome cuenta de algo, Celia... Creo recordar que para mí se llama Celia. Tengo mala memoria. ¿Celia?

CELIA.— Sabe de sobra que así es.

PABLO.— Le recuerdo mi nombre: Pablo.

CELIA.— Tengo buena memoria.

PABLO.— *(En tono ligero, casi divertido.)* Me da lecciones continuamente. No sé si podré soportarlo.

CELIA.— Si no lo soporta, puede abrir la puerta y salir; márchese.

PABLO.— No crea que estoy loco.

CELIA.— Decía que va dándose cuenta de algo. ¿De qué?

PABLO.— De que le gusta esto.

CELIA.— ¿Esto? ¿A qué se refiere? ¿A estar aquí con usted?

PABLO.— De ningún modo. Eso lo va soportando, simplemente. Me refiero a... todo lo demás. La oscuridad, el misterio, pertenecer a una sociedad secreta, dedicarse a cierta actividad clandestina, por decirlo todo de una vez. Hablar con medias palabras, susurrar algo a un camarada del que sólo sabe que lo es por un detalle..., un gesto..., el modo de doblar un

periódico reaccionario... Comprobar hábilmente que nadie la ha seguido... Echar una carta comprometedoras en un buzón... ¿No es cierto? Tiene algún encanto. Se experimenta, a veces, un placer indefinible. ¿Verdad? (CELIA *no responde. Lo mira fijamente.*)

CELIA.— Si me lo permite, voy a hacerle una pregunta.

PABLO.— ¿Podré contestarla?

CELIA.— Yo no le haría una pregunta que usted no pudiera contestar.

PABLO.— (*Sonríe.*) ¿Quién me lo garantiza?

CELIA.— Supongo que... la persona que lo dirigió hacia mí.

PABLO.— ¿Y quién me garantiza a esa persona?

CELIA.— (*Un poco molesta.*) Usted sabrá.

PABLO.— Como ve, todo sería imposible si se llevaran las cosas a cierto extremo. Es lo único que quería demostrar. Nos quedaríamos todos en silencio y mirándonos recelosamente. Esto, entre camaradas, sería lamentable. Mi opinión es que un poco más de alegría no puede perturbar gran cosa... el efecto del conjunto. Por el contrario, es posible que facilitara muchas cosas. ¿No le parece?

CELIA.— (*Le mira ahora con cierta simpatía.*) Es posible.

PABLO.— Vamos, pregúnteme.

CELIA.— Quería... En fin, quería preguntarle cuánto tiempo hace que entró en la clandestinidad.

PABLO.— (*La mira con fingido recelo.*) Dudo si he de contestarle.

CELIA.— (*Ahora sonríe.*) Hágalo sin miedo.

PABLO.— Puedo comprometerme seriamente.

CELIA.— Lo olvidaré enseguida. (*Un breve silencio.*)

PABLO.— Sólo una semana.

CELIA.— (*Sorprendida.*) ¿Tan poco? ¿Cómo es eso?

PABLO.— Pues así es.

CELIA.— ¿Cómo fue? ¿Alguien le habló de nuestra causa? ¿Se sintió atraído hacia ella de pronto? Cuéntemelo sin citar nombres, se lo ruego.

PABLO.— Veo que no me ha entendido. Lo siento.

CELIA.— ¿Qué quiere decir?

PABLO.— Hace una semana que entré en la clandestinidad; es cierto. Pero hay otras formas de luchar por la causa. ¿No las recuerda? Trabajo por ella desde hace muchos años.

CELIA.— Perdóneme. Ya sé a qué se refiere.

PABLO.— He luchado durante años allá, en el desierto. Soy soldado. Nuestro ejército no es clandestino. Tiene sus cuarteles. Combatimos a la luz del sol.

CELIA.— Ya lo sé.

PABLO.— También morimos a la luz del sol. (*CELIA lo mira, extrañada por el acento, repentinamente patético, de las palabras de PABLO.*) ¿Sabe lo que hace el enemigo con los soldados nuestros que caen prisioneros?

CELIA.— He oído algo.

PABLO.— Los despedazan. Horriblemente mutilados, los exhiben en las aldeas árabes, como escarmiento. (*Entre dientes.*) Esos canallas.

CELIA.— (*Es ahora ella quien sonríe levemente.*) Está hablando de nuestros compatriotas; no lo olvide. Esos «canallas» han podido ser nuestros compañeros en el colegio.

PABLO.— Hace mucho tiempo que ya no lo son para mí. Mi pueblo es éste. Esta gente de color. Estos hombres humillados. Hace tiempo que escupí sobre la bandera de mi país.

CELIA.— Yo no he hecho nunca ese gesto de desprecio. Pienso que allí..., que allí hay un pueblo que rechaza lo que éstos hacen en su nombre.

PABLO.— Yo hablaba de la bandera. El pueblo no la tiene.

CELIA.— Puede que algún día... Y entonces sería el momento de la reconciliación. ¿Qué piensa?

PABLO.— (*Se encoge de hombros.*) Yo estoy dispuesto. (*Un silencio. Ella lo mira fijamente.*)

CELIA.— ¿Usted... era soldado?

PABLO.— Perteneecía a la guarnición. Un día maté a un cabo que estaba torturando a un indígena. Deserté y fui acogido por las gentes del desierto. Desde entonces lucho con ellos y por ellos.

CELIA.— (*Conmovida.*) Es admirable lo que me ha contado. Gracias.

PABLO.— Me prometió olvidarlo.

CELIA.— (*Tiene los ojos húmedos.*) No será posible.

PABLO.— No le dé importancia. No la tiene, se lo aseguro.

CELIA.— Aquí, a veces, nos olvidamos.

PABLO.— ¿De nosotros?

CELIA.— Sí. Pensamos que la guerra la hacemos nosotros solos en la ciudad, imprimiendo la propaganda, preparando las huelgas. Nos olvidamos de ustedes... tantas veces.

PABLO.— Allí también ocurre. O nos figuramos que aquí lo pasan bien. Se nos ocurre pensar de pronto: «Allí pueden tomar una copa en un bar, bañarse, ir al cine o leer un buen libro». Entonces pensamos en ustedes con resentimiento.

CELIA.— Nos damos importancia. Nos parece como si los sótanos de la Policía fueran el más terrible peligro del mundo. Trasladar un alijo de armas, llevar un mensaje o cruzar la frontera con un pasaporte falso es para nosotros algo enorme. Más allá no hay nada. Vivimos con ese engreimiento, y es ridículo.

PABLO.— (*Sonríe.*) No lo es tanto. En cuanto a mí, prefiero aquello.

CELIA.— (*Lo mira con asentimiento.*) No puede soportar esta inmovilidad.

Ya ve, éste es nuestro pobre heroísmo. Hacer como si no existiéramos.

PABLO.— (*Dice ligeramente.*) El nuestro, hacer como si existiéramos muchos más. (*CELIA ha sacado de un armario una botella y dos copas.*)

CELIA.— ¿Quiere?

PABLO.— Desde luego. Allí no hay muchas ocasiones de probar un brandi como éste.

CELIA.— (*Sonríe.*) ¿Es un reproche?

PABLO.— (*Ríe abiertamente.*) ¡Claro! El reproche propio de un brutal guerrillero. (*CELIA ha llenado las copas y le tiende una. Él la coge.*)

CELIA.— Por todos los camaradas.

PABLO.— Y por nosotros. (*Beben.*) Me alegro de que me haya permitido, por fin, hablar. (*Ella sonríe.*) Estos tres días me ha mantenido usted a distancia. Estaba, lo confieso, un poco atemorizado.

CELIA.— ¿Ha tenido miedo de mí?

PABLO.— Un..., un respeto enorme. Estaba demasiado serio. Hasta el punto de que deseaba escapar lo antes posible.

CELIA.— En cuanto pase esto, podrá irse.

PABLO.— ¿Es seguro que sigue?

CELIA.— Según parece, no ha hecho más que empezar.

PABLO.— Una redada enorme, ¿verdad?

CELIA.— La más grave hasta ahora. Se están empleando a fondo.

PABLO.— Esperemos que no llegue hasta aquí. Sería desagradable. Además, yo tengo que volver.

CELIA.— No podrá volver ahora. No daría un paso y ya habrían caído sobre usted.

PABLO.— No soy tan conocido.

CELIA.— Caen sobre todo el mundo. Entonces hay que presentar una documentación convincente. ¿Dispone usted de esos papeles?

PABLO.— Desde luego que no.

CELIA.— Por eso está aquí.

PABLO.— Ya me figuraba yo que sería por algo. (*Ríe.*) Al principio lo tomé un poco a broma. Me pareció que podría ser el comienzo de una bonita aventura.

CELIA.— ¿A qué llama una bonita aventura?

PABLO.— Verá, hace tres días fue a verme un..., bueno, una persona. No le diré nada de ella. ¿Está contenta así? Árabe o europeo, ¿qué importa?

CELIA.— Siga.

PABLO.— Me dijo que había empezado una redada y que tenía que esconderme. «Pero ¿dónde?», le pregunté. «Irás dentro de dos horas al Gran Café. Llevarás bajo el brazo este libro. Te sentarás en una mesa. Empezarás a leer y pasarás una hoja cada minuto justo... Se te acercará una señorita.» La cosa empezó a gustarme. «¿Una señorita? ¿Y cómo es?» Entonces me hizo una descripción satisfactoria. «Estarás a sus órdenes.» Eso no me gustó. «Lo de las órdenes ya veremos», me dije para mí. Entonces la persona desapareció. Se esfumó en el aire de un modo profesional, como sólo un expertísimo agente secreto es capaz de hacerlo. Yo me afeité cuidadosamente y me dispuse a asistir a la cita con una extraña mujer, por lo que me habían dicho, llena de encanto. Fui silbando hacia el Gran Café como cuando era jovencito y acudía a alguna cita con una chica que me gustaba.

CELIA.— ¿Se cruzó con alguna patrulla?

PABLO.— Traté de esquivarlas. (*Un corto silencio.*) ¿No es capaz de pensar en otra cosa? Concibe la vida de un modo un poco fúnebre. Le estaba contando una bonita historia.

CELIA.— ¿Se figura la otra mitad? Una persona me cita por teléfono en un banco al parque. Una cita de amor. ¡Quién sabía si el teléfono de aquella pensión estaba también intervenido!

PABLO.— Le preguntaría algo... si no se disgustara conmigo. (*Ella lo mira, interrogante.*) ¿Podría saber su dirección? Me refiero a su domicilio de verdad..., su casa, si la tiene. No esa pensión de que me habla.

CELIA.— No es necesario que la sepa. ¿Para qué la quiere?

PABLO.— Por si un día..., en fin, por si las cosas cambiaran algún día. Me gustaría mucho volver a verla. Le haría una visita muy cortés. Puede que incluso afectuosa. Le daría las gracias y hasta es posible que me pusiera sentimental. (*Un silencio.*) Así que... una cita de amor.

CELIA.— Sí.

PABLO.— (*Ríe, reflexivamente.*) Si se trata de la persona que pienso, no es muy agradable en ese aspecto.

CELIA.— (*Ríe.*) No, no lo es. Aunque por teléfono no resulta tan mal. Supongo que al policía que haya escuchado la grabación le habrá interesado mucho este pasaje pornográfico.

PABLO.— ¿Tan... expresiva es esa persona? No lo hubiera creído nunca.

CELIA.— Desvergonzada... en ese aspecto. Pero luego es un honesto padre de familia. Terriblemente respetuoso.

PABLO.— Siga, siga.

CELIA.— En el parque, me enseñó un libro con las tapas rojas. «En el Gran Café, a las once, alguien tendrá este libro. Cada minuto justo pasará una hoja.»

PABLO.— ¿Me describió correctamente?

CELIA.— No parece tener una gran idea de usted.

PABLO.— ¿Quiere decir que la he sorprendido favorablemente?

CELIA.— Simplemente, me ha sorprendido.

PABLO.— Ya es algo. (*Un silencio. Consulta el reloj.*) Las nueve. A esta hora estará transmitiendo la emisora de la Organización en el desierto.

CELIA.— ¿Quiere escucharla?

PABLO.— Sí, por favor. (*Enciende la lamparita que hay junto al aparato.*)

CELIA.— De acuerdo. (*Maneja el pequeño aparato. Se oyen ruidos. Al fin.*)

LA VOZ DEL LOCUTOR.— ... Ante la brutalidad de los recientes sucesos hacemos un llamamiento general a las naciones civilizadas. Continúan los arrestos en masa. Basta cualquier denuncia, cualquier sospecha, para que la Policía Militar cometa las mayores violaciones de los derechos humanos. La actual redada comenzó el siete de mayo. A las cuatro de la madrugada en punto, quinientos domicilios eran asaltados por la Policía. Sus ocupantes fueron brutalmente conducidos a los cuartelillos, donde están siendo sometidos a espantosas torturas. En nombre de la dignidad humana, nos dirigimos al mundo civilizado... (*CELIA, sombría, cierra el aparato. Su rostro ahora está desfigurado por una mueca. PABLO, impresionado, trata de atenderla. Lo hace con timidez.*)

PABLO.— Pero ¿qué le ocurre?

CELIA.— Nada. (*Está llorando silenciosamente.*)

PABLO.— Trataba de distraerla un poco. He sido un estúpido.

CELIA.— No es nada.

PABLO.— Haría lo que fuera por no verla así, Celia. Por favor. Si caemos en una depresión, todo va a ser demasiado difícil.

CELIA.— Déjeme sola.

PABLO.— No lo haré.

CELIA.— Déjeme sola, por favor.

PABLO.— ¿Por qué? Si hay una razón...

CELIA.— (*Grita frenética.*) ¡Le he dicho que me deje sola!

PABLO.— No grite. Es de suponer que debajo de estas habitaciones vive alguien.

CELIA.— (*Parece algo apaciguada.*) Déjeme sola; para que no tenga a nadie a quien decir...

PABLO.— A quien decir, ¿qué?

CELIA.— Lo que me ocurre. (*Un silencio.*)

PABLO.— Yo puedo servir. (*Ella le mira interrogante.*) Yo puedo servir para que usted esté sola. Hable sin miedo. Nadie sabrá lo que me cuente.

CELIA.— Quiero creer en usted.

PABLO.— ¿Por qué no?

CELIA.— ... Pero ya no puedo creer en nadie. Me figuro... (*Mira a PABLO y se calla.*)

PABLO.— Dígalo. (*Un silencio.*)

CELIA.— (*Como obsesionada, murmura.*) Me figuro que la Policía pudo coger a un hombre antes de que llegara al Gran Café. Llevaba un libro con las tapas rojas. En el primer cuartelillo, lo torturaron hasta que confesó las señas del reconocimiento... Un policía ocupó su puesto en el Gran Café... Cada minuto pasaba una hoja suavemente..., y yo... (*Un silencio.*)

PABLO.— (*Sombrío.*) Entonces ha llegado a esto.

CELIA.— Sí.

PABLO.— Ya no confía en nada, en nadie.

CELIA.— No.

PABLO.— Piensa que yo puedo ser un policía. ¿No es así?

CELIA.— (*Asiente, mirándole a los ojos.*) Un policía que espera a que este refugio le revele sus secretos. Un policía que se ha metido en la red y que en cualquier momento puede ordenar: «¡Arriba! ¡Ya es bastante!».

PABLO.— (*Gravemente.*) No es así. Pero no puedo mostrarle ninguna prueba. Tampoco yo se la pido a usted; sería absurdo. Sólo nos queda confiar en algo; o, si lo prefiere, explorarnos sinceramente. Hágalo. (*En la calle suena, ahora, una sirena policiaca. PABLO se yergue. Ha palidecido un poco. Escucha la sirena hasta que se extingue. Entonces respira con alivio. CELIA no se ha movido: sin mostrar ninguna emoción, como habituada, ha observado a PABLO curiosamente.*)

CELIA.— Sería un gran actor.

PABLO.— ¿Cómo?

CELIA.— En el caso de que los de ese coche que ha pasado fueran sus amigos.

PABLO.— ¿Me ha notado algo?

CELIA.— Un ligero temblor.

PABLO.— Lo siento.

CELIA.— También ha palidecido.

PABLO.— No estoy acostumbrado a esperar en una ratonera. (*Un silencio.*)

Bueno, dígalo ya.

CELIA.— ¿Qué quiere que le diga?

PABLO.— Cuando hemos escuchado la radio, ¿qué le ha ocurrido? (*Un silencio.*)

CELIA.— Hace tres días, a las cuatro de la madrugada, uno de los domicilios asaltados... fue el mío. ¿Todavía quiere saber mi dirección?

PABLO.— Usted... no estaba dentro.

CELIA.— (*Ríe ásperamente.*) ¿No me ve aquí?

PABLO.— Entonces... no había nadie. (*Un breve silencio.*)

CELIA.— Sí, alguien... a quien ahora estarán torturando esos salvajes.

PABLO.— ¿Lo sorprendieron?

CELIA.— Sí.

PABLO.— ¿Usted... estaba fuera por casualidad?

CELIA.— No.

PABLO.— ¿Cómo dice?

CELIA.— Yo lo sabía. Por eso no volví esa noche.

PABLO.— ¿Sabía que iban a hacer esa redada?

CELIA.— Esa misma tarde me avisaron. Hubo una confidencia.

PABLO.— ¿Y cómo no avisaron... a esa persona?

CELIA.— (*Penosamente.*) No hubo tiempo.

PABLO.— ¿La dejaron allí... sabiendo...?

CELIA.— No se pudo hacer más.

PABLO.— ¿Y el teléfono?

CELIA.— Se le llamó para tratar de decírselo de algún modo, a pesar de la intervención.

PABLO.— ¿Y...?

CELIA.— No lo cogió.

PABLO.— ¿Por qué?

CELIA.— Teníamos orden de no utilizar aquel teléfono. Él... o ella la cumplió.

PABLO.— Pudo ocurrir una cosa diferente.

CELIA.— Ocurrió así, como le digo.

PABLO.— ¿Y si no estaba?

CELIA.— Sí estaba.

PABLO.— ¿Están seguros de que fue detenido?

CELIA.— Sí, por desgracia.

PABLO.— ¿Era algo... o mucho para usted?

CELIA.— Déjelo, por favor. Tenga... un poco de piedad.

PABLO.— No quiero hacerle daño. *(Se oye el ruido del ascensor que se acerca. PABLO lo escucha, expectante.)* Es el ascensor.

CELIA.— Sí.

PABLO.— ¿Quién subirá? *(CELIA se encoge de hombros.)* ¿Quién vive abajo?

CELIA.— Un comerciante árabe. Inofensivo, según parece. *(El ruido se detiene.)*

PABLO.— Será él.

CELIA.— Seguramente. *(El ruido vuelve a sonar, ahora alejándose. PABLO sonríe.)*

PABLO.— Tiene... cierta emoción.

CELIA.— Me alegro de que lo tome así.

PABLO.— ¿Cuánta gente conoce este refugio?

CELIA.— Dos... o tres personas.

PABLO.— ¿Alguno de ellos... ha caído ya?

CELIA.— *(Vacila antes de responder. Con esfuerzo.)* Sí...

PABLO.— Entonces... *(Trata de sonreír, pero ahora no lo consigue.)* Eso quiere decir que... en cualquier momento...

CELIA.— Puede ocurrir

PABLO.— Esperemos que... todos resistan.

CELIA.— *(Irónica.)* Rece por ello. Es lo único que nos queda por hacer.

PABLO.— *(Con humor frío.)* No..., no tengo costumbre.

CELIA.— Entonces cálese. No me ponga nerviosa.

PABLO.— ¿Tiene usted nervios... de verdad?

CELIA.— Un resto... incontrolable. Guárdese de ellos.

PABLO.— Trataré de guardarme... callándome. (*Queda en silencio. Ella también, con la mirada fija en el vacío. Una pausa. Les sobresalta, de pronto, un ruido dentro de la casa. PABLO comenta ligeramente.*) El misterioso matrimonio se remueve. (*Se enjuga el sudor con el pañuelo.*)

CELIA.— Ya lo he oído.

PABLO.— Puede que se les hayan pasado los efectos de ese calmante.

CELIA.— No me he atrevido a ponerles una dosis muy fuerte. (*Se levanta como si fuera a ver qué ocurre. PABLO la detiene con un gesto.*)

PABLO.— Déjelos en paz. Es posible que quieran estar solos.

CELIA.— Estoy un poco inquieta por ellos.

PABLO.— Están... bajo su custodia, ¿verdad?

CELIA.— Puede decirse así.

PABLO.— Una pareja un poco extraña.

CELIA.— No tanto como puede parecer.

PABLO.— Hay... un desequilibrio en ellos; no sé..., algo que acaba por inquietar un poco.

CELIA.— Por eso están aquí.

PABLO.— Nosotros estamos muy enteros todavía, ¿verdad? Como recién nacidos. (*Ríe.*) No hay nada que temer de nosotros, por ahora.

CELIA.— Es cuestión de tiempo.

PABLO.— Esperemos que llegue antes ese gran día..., la liberación. Los tambores de la victoria... Sanos y salvos podremos gozar algunos años de la vida. ¿No lo cree así?

CELIA.— Quiero creerlo así. (*Está sombría. Un silencio.*)

PABLO.— Piensa otra vez en esa persona, ¿no? No se atormente. Es posible que no..., que no le hagan ningún daño. (*Ella no dice nada.*) Si le parece, ponemos un poco de música. Muy bajito, ¿eh? Nadie nos oirá. (*Manipula en el aparato. Se oye una melodía.*) Esta canción tiene grandes recuerdos para mí.

CELIA.— ¿Una chica?

PABLO.— Una francesa. Se llamaba la Resistencia... (*CELIA lo mira con curiosidad.*) Entonces, sin querer, me hice soldado... Al terminar la guerra me trajeron aquí para colaborar en la pacificación del territorio... ¡Paci-

ficación! Qué bonita palabra, ¿verdad? *(Es una canción de la Resistencia francesa, cantada por Ives Montand, sobre el rumor de la marcha de las tropas alemanas por las calles de París y el grito gutural de las órdenes en alemán. Escuchan, conmovidos.)* Entonces... para usted también significa algo.

CELIA.— Sí, también.

PABLO.— ¿Dónde vivía usted?

CELIA.— En París.

PABLO.— Yo... de un lado para otro. Como siempre. *(Escuchan.)*

CELIA.— Eso me hace recordar.

PABLO.— ¿Aquellos tiempos?

CELIA.— Muchas cosas... También cuando regresé aquí, al terminar la guerra... En fin, *(Sonríe.)* puedo decirle que había conseguido una plaza de maestra para una escuela indígena... Eso no compromete demasiado...

PABLO.— ¿Qué me iba a decir?

CELIA.— Entre los niños empecé a amar a este pueblo y a comprender que lo tratábamos injustamente.

PABLO.— Comprendo... Cada uno de nosotros tiene su historia... *(CELIA, pensativa, asiente. Escuchan aún. Entonces entra TAYEB. Es un mestizo de aspecto muy distinguido. Parece envejecido por una lucha demasiado prolongada. Va en mangas de camisa. Furtivamente se desliza hasta el aparato y lo cierra. Ellos se vuelven. CELIA se levanta.)*

CELIA.— Tayeb.

TAYEB.— *(Dice en voz muy baja.)* Están locos. ¿Qué quieren? ¿Qué nos cacen? *(PABLO va a decir algo, pero CELIA le interrumpe.)*

CELIA.— No hay nada que temer, Tayeb. Abajo no vive nadie. Además, ya no hay ningún peligro. Estamos aquí por extremar las medidas de prudencia, ¿comprende? La Policía se ha parado ya.

TAYEB.— *(Tiembla ligeramente.)* Eso no es cierto.

CELIA.— Sí lo es.

TAYEB.— ¿Han caído muchos?

CELIA.— No..., la redada no ha tenido la importancia que se temió en un principio. Han detenido a cuatro o cinco.

TAYEB.— *(Excitado.)* ¿De la organización?

CELIA.— No, ninguno.

TAYEB.— Entonces, nadie puede saber que estamos aquí.

CELIA.— Nadie.

TAYEB.— De todos modos, hay que tener cuidado.

CELIA.— Claro..., como siempre.

TAYEB.— ¿No llegan los papeles?

CELIA.— No han llegado aún.

TAYEB.— Habrá ocurrido algo.

CELIA.— Se habrá retrasado todo... por las circunstancias. Pero llegarán.

TAYEB.— Yo no quisiera irme.

CELIA.— Deben hacerlo. Se han ganado... ese pequeño descanso.

TAYEB.— ¡Abandonarles aquí!

CELIA.— Somos muchos. Sabemos protegernos.

TAYEB.— En el momento de más peligro.

CELIA.— No es así.

TAYEB.— Pero volveremos. Volveremos... en cuanto nos repongamos un poco.

Lo acepto por Aïescha, ¿comprende? Aïescha está enferma. Yo me quedaría..., pero no puedo abandonarla. *(Se oye como un lamento de mujer. CELIA se dirige hacia la puerta. TAYEB trata de impedirlo.)* ¿Adónde va?

CELIA.— Voy a ver si necesita algo.

TAYEB.— No le ocurre nada.

CELIA.— Voy a verlo.

TAYEB.— ¿Me va a dejar aquí?

CELIA.— Claro. *(Por PABLO.)* Es un amigo.

(Sale. TAYEB, sin dar la espalda a PABLO, para lo que fuerza, con pretendida discreción, los movimientos, se coloca de pie en un rincón. Ha recorrido una parte de la distancia que le separaba del rincón, de espaldas. PABLO le observa curiosamente. TAYEB, al sentirse observado sonríe un poco, como disculpándose vagamente de algo sin importancia. Ahora palpa las dos paredes en ángulo como comprobando su solidez. Sonríe tranquilizado. Trata de explicar.)

TAYEB.— Tengo... algunas curiosas costumbres.

PABLO.— ¿Le gusta sentirse protegido? Los rincones... Se encuentra más cómodo así, ¿verdad?

TAYEB.— No puedo remediarlo. Para leer, para todo..., un buen rincón, ¿entiende? No sé cómo, pero he adquirido esa costumbre.

PABLO.— Todos tenemos... alguna pequeña manía. Es natural.

TAYEB.— No ve... nada raro en ello, ¿verdad?

PABLO.— Nada. Claro que no.

TAYEB.— *(Parece un poco conmovido. Sonríe con agradecimiento.)* Gracias. No... *(De pronto parece decidirse a contar algo más. Excitado, casi grita.)* ¡No puedo aguantar que haya algo vacío detrás de mí! ¡Quizá sea una rareza, pero no me importa decirlo! ¡El vacío detrás de mí es algo que... me... angustia! Prefiero... estar apoyado en algún sitio. Así. *(Se apoya en la pared.)* Me quedo quieto y... me siento casi feliz. ¿Sabe por qué? *(Con mucho misterio, añade.)* Sólo disparan sobre lo que se mueve, ¿entiende lo que le digo? Y el vacío... es un camino por donde llegan siempre.

PABLO.— ¿Quién llega? ¿Qué quiere decir con eso?

TAYEB.— ¡Policías! Pero lo peor... *(Se calla como si dudara desvelar un misterio.)*

PABLO.— ¿Qué es lo peor?

TAYEB.— Lo peor es que no llevan uniformes. Todo el mundo puede ser policía. Casi todo el mundo lo es. ¡Perseguidores! Los perseguidos somos muy pocos. Así que... llegan a cazarnos siempre. ¡Antes o después! Hay que tener mucho cuidado. Un cuidado exquisito. Yo lo tengo. Por la calle me gusta ir de prisa, moverme mucho. Claro, es cosa de experiencia. Así no se pueden fijar. Pero además, si disparan, puede que no acierten. También yendo de prisa... es posible que el que venga detrás no lo alcance a uno. A veces hasta hay que correr, y se consigue que nos pierdan de vista. Como ve, es completamente distinto estar en una habitación que ir por la calle. No tiene nada que ver lo uno con lo otro. *(PABLO va junto a la puerta. Escucha, como temiendo que vuelva CELIA. Tranquilizado, vuelve junto a TAYEB, que, excitado, pregunta.)* ¿Ocurre algo?

PABLO.— Nada. *(Ahora, sin pestañear, pregunta de un modo rápido, incisivo.)* ¿Hace mucho que entró en la organización?

TAYEB.— No debo decírselo.

PABLO.— Soy un amigo. ¿Qué le ha dicho Celia?

TAYEB.— Que es un amigo, sí.

PABLO.— Entonces dígamelo. Es por hablar de algo.

TAYEB.— Cinco años...; un poco más.

PABLO.— ¿En qué grupo trabaja?

TAYEB.— En el veintitrés.

PABLO.— ¿Cuántos son?

TAYEB.— Creo que... unos quince.

PABLO.— ¿Árabes?

TAYEB.— (*Asiente.*) Menos uno. (*Sonríe.*) No se trata de mí. Yo también lo soy... en cierta proporción.

PABLO.— (*También sonríe.*) ¿Los conoce a todos?

TAYEB.— Personalmente no.

PABLO.— ¿A cuántos conoce personalmente?

TAYEB.— A... unos cinco o seis...

PABLO.— Trate de recordarlo bien. ¿A cuántos?

TAYEB.— Sí..., a más, desde luego. Pero no a todos.

PABLO.— ¿Al responsable? Diríamos..., ¿al que lleva el peso de la organización?

TAYEB.— No, nunca lo he visto.

PABLO.— ¿De quién habla? ¿Del jefe de su grupo?

TAYEB.— No. A ése sí lo conozco. Me refería al jefe de la..., digamos, de la Quinta Columna. Al Alto Mando...

PABLO.— Ya. (*Lo mira fijamente.*) No sabe su nombre... ni nada de él.

TAYEB.— No lo conozco, de verdad.

PABLO.— (*Dice con cierta dureza.*) Habría que verlo.

TAYEB.— Le digo la verdad.

PABLO.— (*Fríamente.*) Sí, claro. Pero habría que ver con otros métodos.

TAYEB.— Pero ¿por qué me habla así?

PABLO.— (*Sonríe.*) ¿Cómo le hablo?

TAYEB.— Como... (*Se estremece.*) Como un policía. (*PABLO, bruscamente, le coge de las solapas. Su gesto se ha endurecido.*)

PABLO.— ¡No diga eso... o lo mataré! ¡A nadie! ¡No vuelva a repetirlo!

TAYEB.— No he querido ofenderte. (*Un silencio. PABLO parece tranquilizarse un poco. Vuelve a sonreír.*)

PABLO.— Ya casi lo he olvidado. ¿Quiere fumar?

TAYEB.— Sí, por favor. (*PABLO le da un cigarrillo y se lo enciende.*)

PABLO.— Ha dicho que conoce al jefe de su grupo, ¿verdad?

TAYEB.— (*Receloso.*) No, yo no he dicho eso.

PABLO.— He creído entenderlo.

TAYEB.— Yo no conozco a nadie. ¡A nadie! No pertenezco a nada. Estoy... injustamente perseguido.

PABLO.— ¿Cómo se llama?

TAYEB.— ¿Quién?

PABLO.— El jefe del grupo veintitrés, al que usted pertenece. (*Un silencio.*
TAYEB *baja la vista.*)

TAYEB.— Se llama... Celia. (*Un silencio.*)

PABLO.— Ah, ¿es ella? No sabía...

TAYEB.— Sí, es decir, eso es lo que podría pensarse. (*Trata de replegarse.*)
No estoy tan seguro de lo que acabo de decir.

PABLO.— Es una gran mujer, ¿verdad?

TAYEB.— (*Asiente.*) Nos va a sacar del país. Nos lo ha prometido. Quiero decir..., nos lo ha ordenado. Es... una gran mujer, como usted dice.

PABLO.— Seguramente tiene una gran importancia dentro de... la organización general. Al menos, lo parece.

TAYEB.— (*Irreflexivo.*) Sí que la tiene. (*De pronto trata de frenarse.*) Bueno, quiero decir...

PABLO.— Yo... acabo de entrar, ¿me entiende? Tengo alguna experiencia militar, pero todo esto es nuevo para mí. Vengo con muchas ganas de hacer algo. Por eso le pregunto tantas cosas. No vea nada raro en ello. Encuentro todo tan... maravilloso.

TAYEB.— (*Sonríe afectuosamente.*) Claro... Lo es. En cierto modo... Le doy mi bienvenida. (*Extiende el brazo, ofreciéndole la mano, sin moverse del rincón. PABLO va junto a él y le estrecha la mano.*) Necesitamos jóvenes como usted. Sanos, con entusiasmo... y sin ficha policial. ¿Entiende? Algunos de nosotros, ya no podemos ni movernos. Nos conocen demasiado. Es una vida un poco dura, ya verá.

PABLO.— Usted... ha tenido una actuación muy destacada. Yo había oído hablar de usted hace algún tiempo.

TAYEB.— (*Halagado.*) ¿Es cierto eso? ¿Dónde?

PABLO.— Entre la oficialidad se le conoce mucho.

TAYEB.— En las guerrillas, ¿eh? Buenos chicos..., llenos del mejor espíritu.
¿Verdad?

PABLO.— Así es. (*Un silencio.*)

TAYEB.— Se ha hecho todo lo que se ha podido. No tiene importancia. (PABLO guarda silencio, observándole. Ahora está dispuesto a hablar. Espera, como deseando que PABLO se interese por algún detalle concreto. Como no ocurre, él habla.) Claro, siempre se corre algún peligro, pero menos del que a veces se piensa. No hay razones para envanecerse. Yo, por ejemplo, he actuado en algunas ocasiones en que el riesgo era, por decirlo así, bastante grande. Pero había que hacer aquello y se hacía por encima de todo. Es natural. Las órdenes eran cumplidas. A veces... caía alguien. ¡Qué se le iba a hacer! Ya sabíamos que nos exponíamos a eso. Había que tener serenidad; yo la tenía. ¿Por qué no decirlo? Tenía... bastante serenidad. He metido propaganda de la organización en los sitios más inverosímiles. En el Gobierno Militar, por ejemplo; allí en el mismo corazón de la Policía, ¡fíjese! En otra ocasión, diez mil octavillas en un solo día, por fábricas y talleres. ¡Yo!, ¡yo solo! Bueno, mi mujer y yo, quiero decir. Hasta que a ella la detuvieron un día. Entonces empezó lo más difícil. Le hicieron... verdaderos horrores. Sin embargo, seguimos. Pero a ella le fue entrando mucho miedo..., hasta que ya no pudo más. Además, está muy enferma. Le dieron patadas en el vientre, ¿sabe? Y eso... eso es horrible. (Se le han humedecido los ojos.) Yo... estoy entero como el primer día, pero ella, ella ya no. Esto no quiere decir nada. No, no le doy importancia, de verdad. Sólo se lo decía para que sepa que, a veces, corremos algún peligro.

PABLO.— Comprendo. Conozco algunos casos.

TAYEB.— No he querido desmoralizarle. ¡No, de ningún modo! Nos hace falta mucha gente como usted. (Se oye el ruido del ascensor. Asustado, pregunta.) ¿Qué es eso?

PABLO.— El ascensor. Nada. (Escuchan. Se para.) Se ha parado abajo.

TAYEB.— ¡Abajo! No puede ser. No vive nadie.

PABLO.— Ha sido en el cuarto. Creo que vive un comerciante árabe.

TAYEB.— ¡Ah! Comprendo. (Se oye otra vez el ruido.) Ya baja.

PABLO.— Sí... (TAYEB respira con alivio y se seca con un pañuelo el sudor de la frente. En ese momento vuelve CELIA. Trae, del brazo, a AÏESCHA. Es una mujer de cutis oscuro. Seguramente ha sido muy bonita.)

CELIA.— Siéntese aquí con nosotros. Estará mejor.

AÏESCHA.— Gracias. (Se sienta.)

CELIA.— ¿Quieren beber algo?

PABLO.— Sí, pero no se moleste. Yo mismo... (Prepara unas bebidas.)

CELIA.— Mientras, voy a prepararles algo de cenar; no sé todavía qué. (*Ha sacado una lata del armario.*) Ah... No es lo peor que podría ocurrirnos. Abra esto, por favor. (*PABLO se apresura a acudir.*)

PABLO.— Un trabajo duro... y peligroso. Muy propio para mí. Ya está... ¿Dónde lo pongo?

CELIA.— En la mesa.

PABLO.— Con mucho gusto. (*Lo pone.*) Tengo bastante hambre. ¿Y usted? (*TAYEB no le oye. Está abstraído.*) Le preguntaba si su apetito es... satisfactorio. (*TAYEB, ahora, gira la cabeza y lo mira. Dice, incongruentemente:*)

TAYEB.— Perdón.

PABLO.— No tiene importancia. Era una pregunta estúpida. (*Se sienta. AÏESCHA también.*) ¿Está cansada?

AÏESCHA.— (*Trata gentilmente de sonreír.*) Un poco. (*Se acerca CELIA con los cubiertos. Los distribuye.*)

CELIA.— Sírvanse.

PABLO.— Usted, por favor. (*Comienzan la cena. Comen silenciosamente. AÏESCHA mira a CELIA y parece que con mucha dificultad se atreve a decir.*)

AÏESCHA.— Celia...

CELIA.— Dígame, Aïescha. ¿Quiere algo?

AÏESCHA.— ¿Tendremos que estar mucho tiempo aquí todavía?

CELIA.— No creo. Sobre todo, ahora que todo marcha bien.

AÏESCHA.— ¿Todo... marcha tan bien como dice? ¿Es cierto?

CELIA.— Sí, Aïescha. De verdad. (*Un silencio.*)

AÏESCHA.— Nunca he estado en Suiza. Debe ser bonito todo aquello, ¿verdad?

CELIA.— Lo es. Y hay paz.

AÏESCHA.— Pensaremos mucho en ustedes desde allí.

CELIA.— Ya sé que así será. Pero no deberían hacerlo. Traten de olvidarse por algún tiempo de nosotros.

AÏESCHA.— No es posible. Nos dejamos aquí demasiadas cosas. (*Un silencio.*) Volveremos, ¿verdad? Algún día...

CELIA.— Claro que volverán.

AÏESCHA.— El día de la liberación... ¡Dios mío! No quisiera morirme sin verlo.

CELIA.— El día de la liberación estaremos todos juntos aquí. ¡Así será! (*Un silencio. AÏESCHA reflexiona, conmovida.*)

AÏESCHA.— Entonces, habrá merecido la pena todo.

CELIA.— Sí, Aïescha. Será un día muy bonito. ¡Y ya está muy cerca! Créalo.
AÏESCHA.— Sí, lo creo. Gracias.

(En ese momento se oye el timbre de la puerta, sofocado por una sordina. Quedan inmóviles, escuchando. Es una llamada característica. TAYEB se aprieta contra la pared frente a la puerta. Con ansiedad pregunta.)

TAYEB.— ¿Quién será?

PABLO.— Es Hanafi, el portero. Un buen amigo. Fiel y silencioso...

(Va a abrir. Sale al pequeño vestíbulo y se le pierde de vista. Se le oye abrir la puerta. Al poco vuelve y deja paso a HANAFI: es un anciano. Silencioso, cruza hasta CELIA, a la que saluda ceremoniosamente. Ella le corresponde. Entonces, HANAFI le da unos periódicos. Luego inclina la cabeza, saludando a todos.)

HANAFI.— Si necesitan algo...

CELIA.— Nada, por ahora. Gracias.

(Entonces HANAFI se retira lentamente. PABLO vuelve a acompañarle. Quedan CELIA, AÏESCHA y TAYEB solos. TAYEB se acerca a CELIA y le pide.)

TAYEB.— Déjeme los periódicos, por favor.

CELIA.— *(No se los da.)* ¿Para qué? Todo es mentira en ellos. ¿Qué quiere encontrar?

TAYEB.— *(Excitado.)* ¡Yo quiero verlos, sin embargo! ¡Sabendo leer entre líneas se da uno cuenta de muchas cosas! ¡Por ejemplo, puede saberse si es cierto que ha terminado la redada! ¡Déjemoslos! *(Trata de arrebatárselos.)*

CELIA.— No se los dejaré, Tayeb. Sea razonable.

TAYEB.— ¡Entonces es que pasa algo! Algo grave, ¿verdad? ¡Eso es! ¡Pasa algo! ¡Lo dicen los periódicos! ¡Han detenido a todos los amigos! ¡Estamos en una ratonera! ¡Sí, ahora lo veo claro! ¡La redada continúa! ¡Está a punto de llegar hasta nosotros! ¡Están en los pisos de abajo! ¡Siguen!

¡Suben por la escalera! ¡Déjeme esos periódicos! ¡Déjamelos! ¡Debo estudiar la situación! ¡Soy el único que puede hacerlo! *(Trata de arrebatárselos. AÏESCHA se echa a llorar. Ha vuelto PABLO. Se hace cargo de la situación y separa brutalmente a TAYEB.)*

PABLO.— *(Sordamente.)* ¡Cállese ya! ¡Está loco! ¡Cállese! *(Lo reduce violentamente. TAYEB lo mira con terror. Está sobreexcitado.)*

TAYEB.— Usted, ¿quién es? ¡Usted... es de la Policía! ¡Hay que pedir auxilio! ¡Él nos ha vendido! ¡Hemos caído en una trampa!

(PABLO lo golpea en la cara. TAYEB queda, súbitamente, en silencio. Ahora se oye, de nuevo, el ascensor. El ruido los inmoviliza. Esperan, atentos. TAYEB parece a punto de gritar. El ruido llega hasta muy cerca. Entonces, se para.)

PABLO.— *(Parece muy tranquilo.)* Ha sido aquí.

(Silencio. Ahora se oye el ruido de una llave en la puerta. PABLO, entonces, hace un movimiento hacia allá, pero CELIA, pálida, lo detiene.)

CELIA.— *(Musita.)* No, no vaya. Espere.

(Se oye el ruido de la puerta, que se abre y se cierra. Unos pasos. Entonces, aparece en el marco de la puerta un HOMBRE. Tiene el aspecto de un desenterrado. Mira friamente a su alrededor.)

HOMBRE.— Bueno, ya estoy aquí.

CELIA.— *(Casi con terror, como si el HOMBRE fuera un aparecido.)* No, no es posible.

HOMBRE.— ¿Puedo pasar?

CELIA.— Claro..., amor mío.

(Va hacia él. El HOMBRE la estrecha en sus brazos. CELIA solloza. PABLO está inmóvil, mirándolos. Va cayendo el telón.)

ACTO SEGUNDO

La noche.

Un poco más tarde. AÏESCHA y TAYEB se han retirado a descansar. El HOMBRE –LEO– está sentado frente a la mesa. Trata de comer algo. PABLO lee atentamente uno de los periódicos que trajo el portero; los demás están sobre una silla. CELIA está de pie frente a LEO.

CELIA.– ¿Estás seguro?

LEO.– Sí.

CELIA.– Pueden haberte seguido sin que te dieras cuenta.

LEO.– No lo creo. He tomado mis precauciones.

CELIA.– ¿Qué has hecho?

LEO.– He dado muchas vueltas por ahí, para comprobar si me seguían o no...

¡No me seguía nadie! Entonces he tomado un taxi. He salido a la carretera. ¡Nadie! Por fin, me he decidido a venir. *(La mira fríamente.)* ¿Crees que he hecho mal?

CELIA.– No lo sé aún. *(Se estremece.)* Hay que esperar para saberlo.

LEO.– ¿Qué querías? ¡Que me quedara toda la noche por ahí!

CELIA.– También has podido quedarte en un hotel cualquiera.

(En la mirada de LEO hay un amargo reproche.)

LEO.– ¿Eres tú quien me dice eso?

CELIA.– *(Imperturbable.)* Yo, sí.

(El rostro de LEO se contrae, fugazmente, con un gesto de ira. Por fin, como contra su voluntad, dice casi humildemente.)

LEO.— Quería verte. Tenía necesidad...

CELIA.— Yo también a ti. Pero no era posible.

LEO.— Sí, lo era. Ya ves que estoy aquí. No temas nada, Celia. *(Toma una mano de CELIA. Ella la retira.)*

CELIA.— Sólo queda esperar. *(Él baja la cabeza.)*

LEO.— También... quería esconderme.

CELIA.— ¿Ya para qué?

LEO.— ¡Porque no quiero caer de nuevo en sus manos! *(Se estremece.)* ¡No! ¡Nunca más! ¡No quiero caer...!

CELIA.— Cálmate, te lo ruego.

LEO.— Es muy fácil decirlo. No sabéis nada. Yo tampoco sabía lo que era aquello. Pero ahora...

CELIA.— *(Dulcemente.)* Ahora cálmate. *(Con ternura le pone la mano sobre el hombro. Él aguanta un gesto de dolor que CELIA no advierte.)* No comprendo lo que ha ocurrido.

LEO.— ¿Qué es lo que no comprendes?

CELIA.— Cómo han podido dejarte en libertad.

LEO.— *(Parece incómodo.)* Pues lo han hecho.

CELIA.— ... A no ser que lo hicieran para seguirte.

LEO.— Te estoy diciendo...

CELIA.— Ya lo sé. Pero no deja de ser extraño. *(Un silencio.)* ¿Te has... portado bien?

LEO.— *(Después de un silencio.)* Sí. Pero no quiero que nadie me pida cuentas... No lo aguantaría. No, no podría aguantarlo de nadie. ¡Ni del Mando; qué saben ellos...! *(No alza los ojos, trata de comer un poco, pero hace un gesto de dolor y expulsa la comida sobre el plato. Ellos no se dan cuenta.)* No podré perdonaros nunca. Nunca.

CELIA.— ¿A qué te refieres?

LEO.— Tú lo sabes.

CELIA.— No se pudo hacer nada.

LEO.— Se sabía desde la media tarde. Me dejasteis caer en la trampa. ¡Tú estabas con ellos... y me dejaste caer! ¡Tan fríamente como ellos! ¡Es horrible pensarlo!

CELIA.— No cogiste el teléfono.

LEO.— Ésas eran las órdenes. (*Lo ha dicho con violencia. Ella dice tranquila.*)

CELIA.— Ya lo sé. Todo tenía que ocurrir como ocurrió. Yo... sufrí mucho. Figúrate lo que era para mí. Creí volverme loca.

LEO.— Claro...

CELIA.— El barrio estaba acordonado por la Policía. No se podía entrar... ni salir. Estaba muy cerca de ti, y sin embargo... era como si estuvieras en otro mundo.

LEO.— Tal como lo cuentas, es emocionante, Celia. Muy conmovedor. (*Parece que suena un ruido en la escalera.*)

CELIA.— ¿Qué significa eso?

LEO.— (*Se ríe nerviosamente de su susto.*) Alguna rata. Las hay a montones en este asqueroso barrio. Pronto invadirán las casas nuevas y todo será igual. (*Pero CELIA sigue escuchando, atenta.*)

CELIA.— No debiste subir en el ascensor. Ha sido una locura.

LEO.— No podía de otra manera. Estoy... enfermo.

CELIA.— ¿Hasta ese punto? (*Escucha. Parece que no hay nada.*) Esa llave. Tienes que devolvérsela al portero.

LEO.— Lo haré... en cuanto suba. (*Parece muy fatigado. Está palidísimo. CELIA, ahora, lo mira con ternura.*)

CELIA.— Tienes que descansar.

LEO.— Sí, lo necesito.

CELIA.— (*Con miedo, le pregunta.*) ¿Te han..., te han tratado muy mal?

LEO.— Un poco.

CELIA.— ¿Te han pegado?

LEO.— Al principio. Luego... ya no.

CELIA.— ¿Te dejaron en paz? (*LEO ríe ásperamente.*)

LEO.— Déjame. Voy a dormir un rato. Lo necesito mucho. (*Se levanta con un gesto crispado, doloroso. Al cambiar de posición, vacila.*) Estoy... un poco mareado. (*Parece que va a caer. PABLO, que durante la escena ha estado —evidentemente— atento al diálogo, tira el periódico y acude a ayudarlo. Trata de conducirlo a la cama turca. Pero LEO se suelta bruscamente.*) Déjeme. No necesito a nadie. (*Trata de avanzar, erguido. Los mira con ira. Les grita.*) ¿Qué estáis esperando? ¿Qué miráis? ¡Tengo todo el cuerpo herido, quemado! ¡Un hotel! ¿Qué querías? ¿Que me desangrara en la habitación de un hotel? ¿Solo

y muerto de dolor? ¿Era eso lo que querías? ¡El ascensor! «¿Por qué subes en el ascensor?» ¿No te lo figuras? ¡Porque no puedo andar... ya más! ¿No os importa nada? ¿Qué miráis? ¿No sois capaces de ver lo que me ocurre? ¿No veis... cómo estoy? *(Trata de avanzar hacia ellos, pero entonces se desploma. CELIA y PABLO acuden a socorrerlo. PABLO le quita la chaqueta y le abre la camisa. CELIA hace un gesto de horror. PABLO no parece inmutarse.)*

PABLO.— Traiga mi maletín. Las vendas.

CELIA.— En seguida.

(PABLO lo lleva a la cama turca y lo extiende en ella. Le quita la camisa, con lo que LEO queda desnudo de medio cuerpo para arriba, mientras CELIA le trae el maletín y las vendas.)

PABLO.— Ha perdido el conocimiento. *(Comienza la cura.)*

CELIA.— *(Aparta la vista.)* Qué horror.

PABLO.— ¿Qué se figuraba?

CELIA.— No..., no quería figurarme nada.

PABLO.— *(Curándole.)* Lo han tenido los soldados. Éstas son las huellas de sus pezuñas.

CELIA.— Pero ¿por qué no ha dicho nada? Ha aguantado así hasta que no ha podido más.

PABLO.— Usted sabrá por qué.

CELIA.— *(Desvía la vista.)* No... ¿Por qué dice eso?

PABLO.— Lo ha tratado muy mal. Usted sabrá por qué.

CELIA.— Venía dispuesto a pedirme cuentas, a hacerme reproches. He tenido que contenerle, que defenderme. Pero... no podía figurarme... *(Llora.)*

PABLO.— No llore ahora. Ayúdeme.

CELIA.— ¿Qué debo hacer?

PABLO.— Traiga agua. *(CELIA sale. LEO se remueve. Abre los ojos.)* ¿Está mejor?

LEO.— Sí. Gracias.

PABLO.— Lo llevaron al viejo cuartel, ¿verdad?

LEO.— ¿Cómo lo sabe?

PABLO.— *(Señala las heridas.)* Por el sistema. La Policía civil actúa de otra forma.

LEO.— *(Habla ahora con dificultad.)* Me vendaron los ojos. Pero, por las descripciones, supongo que he estado allí.

PABLO.— Una vieja casa destartalada.

LEO.— Así es.

PABLO.— Se han empleado a fondo.

LEO.— No sé...

PABLO.— Si lo ha resistido, puede estar contento. No hay muchos que, con un trato como éste, puedan decir lo mismo. *(LEO no dice nada. Aprieta los dientes para no gritar.)* Perdóneme. Es necesario.

(Vuelve CELIA con un recipiente lleno de agua. Lo deja junto a PABLO y se sienta a la cabecera de LEO.)

CELIA.— Tienes que perdonarme lo de hace un momento. Me he portado como una tonta.

LEO.— Me extrañaba que no te alegrara verme.

CELIA.— Sí, me alegraba..., pero no he sabido decírtelo. A veces te hago daño sin querer. Tú lo sabes. Digo lo contrario de lo que pienso, no sé por qué.

PABLO.— Lo siento. *(Le da unos toques de un desinfectante. LEO se retuerce.)*

LEO.— No... Por favor... No puedo más... No puedo...

PABLO.— Trate de resistirlo.

LEO.— *(Se lamenta.)* Basta... Le ruego que me deje... ¡Basta o...! *(Trata de incorporarse y agredir a PABLO. Éste lo reduce sin piedad y sigue aplicando la cura. Se escucha el lamento casi infantil, ahogado, de LEO. PABLO y CELIA cruzan una mirada sombría. PABLO pregunta por fin, inclinándose sobre LEO.)*

PABLO.— ¿Cuánto les ha contado?

LEO.— ¿Qué quiere decir?

PABLO.— Cuando lo torturaron, ¿qué ha contado usted? ¿Hasta dónde?

LEO.— No, no he contado nada. Le juro que...

CELIA.— Vamos, Leo. Trata de recordar. No tiene importancia. Les ha ocurrido a muchos. Tú sabes que se les sigue estimando porque se comprende que es muy difícil... Ninguno sabemos hasta dónde nos será posible llegar.

PABLO.— Es por tomar medidas de seguridad, ¿comprende?

LEO.— Pero... si yo le juro que... *(PABLO ha terminado la cura.)*

PABLO.— Ya está. Puede incorporarse. *(LEO lo hace con alguna dificultad y queda sentado en la cama.)* ¿Qué tal se encuentra?

LEO.— Mucho mejor.

CELIA.— ¿Has dado esta dirección?

LEO.— No. Ninguna.

CELIA.— Trata de recordar.

LEO.— Es decir, creo..., creo que no he dado ninguna dirección. Pero en algún momento, semiinconsciente, es posible. No lo sé seguro. Creo..., creo que no.

PABLO.— ¿Ha dado nombres?

LEO.— (*Baja los ojos.*) No.

CELIA.— Leo, dínos la verdad. Es posible que todavía se pudiera avisar a alguien.

PABLO.— ¿Cuántos nombres ha dado? ¿Cuáles?

LEO.— Ninguno... No, ninguno...

PABLO.— (*Su mirada se ha endurecido. Cierra, amenazador, un puño y casi grita.*) ¡No hay tiempo que perder! ¡Suelte ya lo que sea! ¡Es necesario! ¿No se da cuenta, imbécil? (*CELIA se tapa los ojos. LEO balbucea algo. Está asustado.*)

LEO.— Ha sido... la primera vez. Yo no podía figurarme que era... tan horrible.

PABLO.— Nadie le reprocha nada. Le pedimos una información precisa; eso es todo.

CELIA.— ¿Usted... con qué derecho?

PABLO.— (*Bruscamente.*) Déjeme en paz.

CELIA.— No le contestes, Leo. Él no es nadie para pedirte cuentas.

PABLO.— (*Se ha hecho el dueño de la situación.*) ¿Nadie? Eso vamos a verlo. (*A LEO.*) Escuche. Desde que entró esta noche aquí, me di cuenta de lo que había ocurrido. Le habían dejado en libertad porque ya le habían sacado todo lo que esperaban. Eso estaba a la vista. Está claro también que su último servicio, inconsciente supongo, a la Policía ha consistido justamente en venir hasta aquí. Puede que haya conseguido desorientarlos. No lo sé. De lo que si estoy seguro es de que han venido detrás de usted. Nunca sueltan a alguien con señales de tortura si no es para utilizarlo de algún modo. Yo no soy nadie, según su mujer. Eso es posible. Pero soy, por lo menos, un hombre perseguido, y no estoy dispuesto a que me cacen aquí de cualquier forma. Por eso, necesito saber. Si me siento inseguro aquí, me marcharé.

CELIA.— No hará tal cosa.

PABLO.— Lo veremos. (*Vuelve, fugazmente, a su aire irónico.*) He tratado de divertirme aquí, pero no lo consigo... Encuentro el ambiente demasiado opresivo para mis nervios. (*Se vuelve a LEO.*) ¡Así que hable! ¡Hable de una vez!

LEO.— (*Vencido.*) ¿Qué es lo que quiere que le diga?

PABLO.— ¿Qué nombres les ha dado? (*Un silencio.*)

LEO.— El de «Andrade» porque sabía que ya estaba fuera del país. El de «Jacob», al que habían matado dos semanas antes. Yo lo sabía. Por eso, no tuve inconveniente...

PABLO.— ¿Quién es «Andrade»?

CELIA.— No, Leo. No se lo digas. Calla.

PABLO.— Dígalo. Es posible que no haya salido todavía del país.

LEO.— Arturo Martel, el profesor universitario. No formaba parte de la organización, pero estaba amenazado por haber denunciado algunos hechos. Establecimos contacto con él.

PABLO.— (*No parpadea.*) ¿Y quién más?

LEO.— También... (*Se vuelve CELIA.*) No tuve más remedio. Sabían que estábamos en contacto. ¡Lo sabían todo! Era inútil negarlo.

CELIA.— ¿Quién?

LEO.— Moussa...

CELIA.— Ya lo habrán detenido. ¡Qué horror!

PABLO.— ¿Quién es?

CELIA.— (*Lo mira fijamente.*) Alguien que hace unos días le prestó un libro. ¿Lo recuerda?

PABLO.— (*No parpadea.*) Sí... (*A LEO.*) Haga un esfuerzo y continúe. Por favor. Es de temer que a estas horas estén ya muy cerca de nosotros.

LEO.— Déme un cigarrillo, por favor. (*PABLO se lo da. El pulso de LEO tiembla.*) Claro... Como ven, no he tenido más remedio que decirles algo..., pero, naturalmente, he procurado que sea..., no sé cómo decirlo..., lo menos posible. Sin embargo, estoy..., estoy avergonzado. Hasta el punto..., hasta el punto de que no quisiera vivir más. No..., no lo merezco. Siento... mucha vergüenza.

PABLO.— La vergüenza... Déjese ahora de eso. Es un lujo que no nos podemos permitir. Siga; díganos todo tal como ocurrió.

LEO.— Es que... (*Se calla, como con miedo.*)

PABLO.— Vamos, continúe.

LEO.— (*Se tapa la cara. Casi solloza.*) ¡Es demasiado horrible!

CELIA.— (*Apenada.*) ¿De qué se trata, Leo? Tranquilízate. Cuéntalo, si eso puede aliviarte. (*LEO está llorando.*)

LEO.— (*Después de un silencio.*) Mientras me pegaron todo fue bien. Yo apretaba los dientes y bastaba con eso. Estaba desnudo en el centro de aquella habitación inmunda. Había cuatro o cinco oficiales a mi alrededor. Se reían y gastaban bromas groseras. «¿Por qué no escribes ahora algún artículo? ¡Mirad, es un cerdo de la especie intelectual! ¡Todos sois iguales, maricas! ¿Por qué no te envalentonas ahora? ¡Los derechos de los indígenas! ¡Anda, danos una conferencia sobre eso!» Enseguida sentí el primer golpe fuerte en plena cara. Empecé a echar sangre. Luego otro. Otro. Me había llevado las manos a los ojos para protegérmelos, pero entonces sentí patadas en los costados y en el pecho. Había caído de rodillas. Entonces, de una patada en la cara, me tiraron para atrás, al suelo. Luego me levantaron y me pusieron contra la pared. Aún oía sus risas. «¡Escribe un artículo sobre el trato inhumano, anda! ¡Protesta contra la censura de Prensa!» De pronto se hizo el silencio. No podía mirar. Desde la cabeza, la sangre me caía por los ojos. Un silencio espantoso. ¿Qué ocurría a mi alrededor? Yo estaba ciego. ¿Para siempre? No lo sabía aún. Entonces, empezó el interrogatorio. Apreté los dientes. Guardé silencio. Me pegaron más, más, hasta que perdí el conocimiento. (*Un silencio. CELIA está llorando.*)

CELIA.— Leo, soy..., soy yo quien tiene que sentir vergüenza. Tú no..., ninguna.

PABLO.— (*Parece conmovido.*) Somos... todos nosotros.

LEO.— (*Cierra los ojos.*) Gracias. (*Un silencio.*) Luego..., no sé cuándo..., me desperté en la oscuridad, herido..., ensangrentado. ¿Cuánto tiempo había pasado? Una hora..., o puede que varias horas... Tenía sed. Pedí agua; pero nadie me escuchó. O no llegué a pedirla, no lo sé. Puede que no me salieran las palabras. Estaba sobre una tabla, desnudo. ¿Qué estaban haciendo conmigo? Oía mal. Veía los uniformes militares, las boinas verdes... Oía rumor de conversaciones. Alguna risa. Me estaban sujetando a la tabla, por las muñecas y los tobillos, con unas correas... Entonces vi, muy cerca, la cara sonriente de un capitán..., una cara gruesa, bien afeitada... «Los lugares donde almacenáis la propaganda clandestina... Eso es todo lo que queremos saber esta mañana. Mira.» Me enseñó unas pinzas metálicas que colgaban de un hilo conductor. Yo

cerré la boca y los ojos. Entonces sentí una sacudida horrible en el sexo..., una descarga eléctrica. Chillé... y lo oí como si fuera otro el que chillara. Luego, otra y otra descarga, ¡convulsiones!, ¡mi grito me extrañaba!, ¿era yo aquél? Entonces, la mordaza en la boca..., un trapo que me ahogaba. No sé ya más: las muñecas y los tobillos, ¿estarían ya rotos? Los espasmos... Y ahora, ¿qué me estaban haciendo?, ¿qué quedaría ya de mí?, ¿dónde terminaba yo entonces?, ¿hasta dónde llegaba ya aquella espantosa mutilación?, ¿hasta dónde corría ya mi sangre?, ¿qué profundidad tendría la herida de mi vientre?, ¿qué quedaría de mi piel?, ¿era todo una llaga? Hasta que una vez, al gritar, sentí de pronto que las pinzas de hierro me agarraban la lengua, y una descarga horrenda dentro de la boca fue como el infierno. Entonces, ya no pude más. ¡No, ya no pude más! (PABLO *le mira interrogante*. LEO *baja la vista*.) Hablé...

PABLO.— (*Mueve la cabeza*.) Otros ni siquiera llegaron hasta ahí. Tranquilícese un poco.

LEO.— ¿Trata de consolarme?

PABLO.— Le digo la verdad.

LEO.— Yo sé de otros...

PABLO.— También los ha habido, pero no es posible exigir de todos la misma resistencia a la tortura. ¿No lo comprende?

LEO.— (*Obsesionado*.) Yo sé de muchos que llegaron más allá del límite. ¡El fuego, el descoyuntamiento, colgados de los pies, días de sed, las drogas! Han salido de todo, limpios. O han muerto, limpios.

PABLO.— Usted también lo está. No se torture más ahora. Es inútil.

CELIA.— (*Está llorando*.) Leo...

LEO.— (*Vuelve hacia ella la cabeza*.) Qué...

CELIA.— No fue posible avisarte. Te lo juro.

LEO.— Claro... Si ya es igual. ¿Lo ves? Ya lo he perdido todo. (*Tiene una mueca triste, como si ya estuviera infinitamente resignado a algo*.)

He tenido mi ocasión. Ojalá no hubiera llegado nunca. Hubiera vivido casi feliz sin enterarme.

CELIA.— ¿Sin enterarte de qué, Leo?

LEO.— De mi falta de dignidad. De toda mi cobardía. Qué vergüenza.

CELIA.— Leo... (*Lo acaricia*.) No pienses más en ello. Hay muchas cosas que hacer aún. Podemos ser todavía muy útiles a la causa. Esto, con el tiempo, no será más que un episodio triste. (LEO *mueve la cabeza*.)

LEO.— Nadie me mirará a la cara. O me disculparán compasivamente. Yo no seré capaz de hablar con nadie. Estoy... perdido.

PABLO.— (*Enciende una cerilla y ofrece a LEO, cuyo cigarrillo está apagado.*) Verá, todo eso me parecen... complicaciones intelectuales. Ahora se trata de salir de todo esto del mejor modo posible, ¿no es así? Ya habrá tiempo para la psicología. Le pido mil disculpas, Celia. Trato de respetar la autoridad que, en esta situación, tiene sobre mí. El que me puso a sus órdenes está ahora detenido, (*LEO se estremece.*) y ello hace más respetable aún su decisión de que me encerrara aquí con ustedes y a merced de sus decisiones. Pero permítame que le diga una cosa: no está actuando de un modo..., digamos, realista. Esto puede ser peligroso. (*Ella parece ahora muy cansada.*)

CELIA.— Tiene razón. Ha sido demasiado para mí. Estoy aturdida.

PABLO.— Yo deseo saber (*Se vuelve a LEO.*) si les contó algo realmente comprometedor para la organización en general. Esto sí es importante. Si estamos a tiempo de algo, yo mismo podría salir y llegar a donde fuera, dar la alarma. Empiezo a asfixiarme aquí. (*Los dos miran a LEO, el cual se remueve, incómodo.*)

LEO.— (*Dice muy lentamente, como con una voluptuosidad masoquista.*) Les he dicho el lugar de la imprenta, los nombres de los redactores, el sistema de la distribución... (*De pronto grita.*) ¡Todo! ¡No había nada más! ¡De haber algo más, también lo hubiera echado!

PABLO.— (*Tranquilo.*) ¿Nada más?

LEO.— ¿Qué más puede haber además de todo? (*Un silencio.*)

CELIA.— Leo, no es tan grave como puedes creer.

LEO.— (*Extrañado.*) ¿Que no es tan grave?

CELIA.— Eso ya lo sabían.

LEO.— ¿Lo sabían?

CELIA.— (*Asiente.*) Hasta el punto de que empezaron por ahí. Tú caíste al mismo tiempo que todos ellos. No se dejaron ni uno solo afuera. Actuaron con una gran precisión. A las cuatro de la madrugada cayeron... sobre todos vosotros. Se pensaba que el nuestro era el único domicilio peligroso; pero sabían muchos más... Nadie, ni en el último momento, pensó en una redada así... Los creíamos mucho más lejos de nosotros..., ¡y ya estaban encima!

LEO.— ¿Y la imprenta?

CELIA.— La ocuparon... También a las cuatro de la madrugada. (*Un silencio.*

LEO *parece un poco tranquilizado. Se atreve a preguntar.*)

LEO.— ¿Alguna confidencia?

CELIA.— Seguramente. (*Un silencio. PABLO respira hondo.*)

PABLO.— Bien, si eso es todo..., creo que podríamos tratar de descansar un poco. (*Bosteza discretamente.*) Me caigo de sueño.

LEO.— Pero aquí... estamos en peligro.

CELIA.— Confiemos en que Moussa no diga nada. Es el único que sabe esta dirección.

LEO.— ¿Podrá resistirlo?

PABLO.— (*Ligeramente.*) Supongo que sí.

LEO.— Pero yo... no tengo la seguridad de que no me hayan seguido.

PABLO.— Antes dijo que sí la tenía.

LEO.— No lo sé. Nunca se sabe.

CELIA.— Ya habrían venido.

LEO.— También puede ser que prefieran observarnos... por ahora.

PABLO.— (*Ligeramente.*) ¿Con qué objeto?

LEO.— (*Después de un silencio, gravemente.*) Esta vez no pararán hasta que caiga...

PABLO.— (*Interesado.*) ¿Quién?

LEO.— (*En voz muy baja, como si alguien más pudiera escucharlos.*) El Mando de la organización.

PABLO.— (*Sin dar importancia a lo que pregunta.*) ¿Cree que están cerca de él?

LEO.— (*Sonríe.*) Por ahora no saben nada. Están a mil leguas de descubrirlo.

PABLO.— ¿Está seguro?

LEO.— Claro.

PABLO.— ¿Cómo lo sabe? (*CELIA lo mira fijamente. Él se da cuenta.*)

LEO.— Simplemente, lo sé.

PABLO.— Comprendo su discreción. No me interesa saber más. He aprendido de su mujer que cuanto menos sepamos es mejor.

CELIA.— (*Sonríe.*) Le agradezco su buen comportamiento.

PABLO.— Trato de progresar.

CELIA.— Nosotros tampoco sabemos quién es, ¿entiende?

PABLO.— (*Como respondiendo a otra cosa.*) Claro... (*CELIA ha consultado su reloj. Ahora cruza la escena y va hacia el aparato de radio.*)

CELIA.— La radio oficial da un boletín de noticias a esta hora. Puede que digan algo interesante. *(La enciende. Ellos se agrupan alrededor. Ruidos a pequeño volumen. Por fin, se oye la voz de un locutor.)*

VOZ.— *(Termina una frase.)* «... del jefe supremo de la organización terrorista que actuaba dentro del país, al servicio de los intereses extranjeros.» *(Se oye la música de un himno militar. Ellos se miran. Se para la música. Vuelve a oírse la voz del locutor.)* «¡Atención! ¡Atención! Repetimos el comunicado de la Policía que acabamos de transmitir. La investigación policíaca sobre los turbios manejos de la organización terrorista que funcionaba en nuestro país está llegando a su término. Se nos comunica de Arville que ha sido detenido Andras Benami. Según resulta de sus declaraciones, se trata del jefe supremo de la organización terrorista que actuaba dentro del país al servicio de los intereses extranjeros. Se añade que, en estos momentos, la organización está prácticamente al descubierto y totalmente desarticulada. Un paso más en el camino de la pacificación...»

(CELIA, de un modo extraño, ríe. Vuelve a sonar el himno. LEO sonríe levemente. PABLO los mira extrañado y parece que va a preguntar algo, pero en ese momento se oye sonar el timbre con sordina de la puerta. LEO corta bruscamente y escuchan, suspensos. Es la llamada característica del portero.)

CELIA.— *(A LEO.)* Voy a devolverle la llave. *(LEO se la da. CELIA va a abrir. Ellos aguardan. Se oye el ruido de la puerta que se abre. Un silencio.)*

LEO.— ¿Qué ocurrirá? *(PABLO se encoge de hombros. Con un hilo de voz.)*

La situación parece bastante grave, ¿eh?

PABLO.— *(Como si no le afectara.)* Sí...

LEO.— Ese hombre, ¿por qué no pasará? Voy a ver... *(PABLO lo detiene.)*

PABLO.— Deje. Trate de estar quieto.

LEO.— Es que... *(Pero no dice nada. Se está quieto. Se oye el ruido de la puerta que se cierra. Los pasos de CELIA. Entra CELIA. LEO va a su encuentro.)* ¿Qué era?

CELIA.— *(Trata de parecer tranquila, pero su voz tiembla un poco.)* Nos avisa de que la Policía Militar está acordonando el barrio. *(Un silencio.*

PABLO enciende un cigarrillo.)

LEO.— Eso quiere decir que vienen por nosotros.

PABLO.— (*Tranquilo.*) No se sabe aún. (*Un silencio.*)

CELIA.— ¿Qué hacemos?

PABLO.— Precisamente ahora, esperar.

LEO.— ¡Esperar!

CELIA.— ¿Es usted quien recomienda eso?

PABLO.— Ahora sí. (*Sonríe.*) Ahora no me movería de aquí por nada del mundo. Ustedes hagan lo que quieran.

LEO.— (*Está muy pálido.*) Yo no quiero... caer otra vez.

PABLO.— Usted ya no corre ningún peligro, amigo. Ya pasó por ello. ¿Para qué lo van a querer ahora?

LEO.— Cada vez veo con más claridad que me soltaron sólo para seguirme. ¡Para que los condujera hasta aquí! Ahora querrán continuar conmigo.

CELIA.— Y... con nosotros.

LEO.— (*La mira con angustia.*) ¡Celia, es horrible!

CELIA.— Calla... (*Están abrazados. Un silencio.*)

PABLO.— (*Sonríe aún y hace un gesto amplio.*) Como ven, no ocurre nada por ahora. Hay un gran silencio. (*Un silencio en el que parece que tratan de escuchar algo.*) Puede que vayan a otro sitio. Es de esperar que nuestro amigo Moussa haya sido discreto. Parecía un hombre de gran temple. Al menos, yo tuve esa impresión. (*Silencio. PABLO trata ahora de conversar en un tono ligero.*) Antes, cuando la radio ha dicho lo de Andras Benami, ustedes se han reído. ¿Por qué?

CELIA.— (*Irreflexivamente.*) Porque ese hombre no es lo que suponen.

PABLO.— ¿Está segura?

CELIA.— Todo lo que se puede estar de algo en estas circunstancias. (*Un silencio.*)

PABLO.— (*Pregunta gravemente.*) Entonces, ¿quién es, digamos, «la cabeza»?

(*Un silencio. CELIA y LEO se miran. Es LEO el que interviene.*)

LEO.— No lo sabemos.

PABLO.— ¿De veras? Como soldado que soy considero eso inconcebible; obedecer a un fantasma. Yo, para obedecer, necesito conocer el nombre del comandante.

CELIA.— *(Fríamente.)* Nosotros... no sabemos el nombre del comandante.

PABLO.— Comprendo... *(Sonríe.)* Bien, dado que el silencio continúa, podemos pensar que no ocurre nada grave por ahora. Trataremos de dormir, si les parece.

CELIA.— Puede que sea lo mejor. *(Está junto a la puerta de una habitación.)* Leo, tú necesitas descansar. *(LEO asiente. En silencio se dirige a la puerta. Va como encogido: parece totalmente vencido y deshecho. Entra. CELIA mira a PABLO y le dice en un tono neutro.)* Buenas noches. Puede echarse, si quiere, en esa cama.

PABLO.— Así lo haré. Gracias por todo. Espero que seamos buenos amigos algún día.

CELIA.— *(Repite simplemente.)* Buenas noches.

(Entra y cierra la puerta. Queda PABLO solo. Va hacia la puerta y se asegura de que está cerrada. Entonces apaga las luces. En la oscuridad, abre silenciosamente la persiana. Sale a la terraza. Allí enciende una linterna y parece hacer señales a alguien. Se abre la puerta de la habitación donde descansan TAYEB y AÏESCHA. Nos damos cuenta de que es TAYEB. Mira, extrañado, hacia la terraza y la luz de la linterna. Entonces vuelve PABLO a la habitación. Ilumina a TAYEB con la linterna.)

PABLO.— ¿Qué hace usted aquí?

TAYEB.— No..., no podía dormir.

PABLO.— Yo tampoco. No diga a nadie lo que ha visto. ¿Entiende?

TAYEB.— *(Susurra.)* Sí.

PABLO.— ¡A nadie...! Ahora, váyase a dormir.

(TAYEB, sin dar la espalda a PABLO, se retira en silencio. PABLO se sienta en la cama y enciende un cigarrillo. Fuma, pensativo, mientras va cayendo él telón.)

ACTO TERCERO

La madrugada.

Han pasado unas horas. Aún no ha empezado a amanecer. Se ha movido viento. La persiana está descorrida. PABLO, tendido en la cama, parece dormitar. Una pausa durante la que se oye el viento. De la habitación a la que CELIA y LEO se retiraron, viene CELIA. Va en combinación o cubierta con una ligera bata. Se dirige junto al ventanal y queda allí, inmóvil. Un silencio. De pronto se oye la voz de PABLO, que pregunta tranquilamente.

PABLO.— ¿No puede dormir?

CELIA.— *(Se vuelve, sobresaltada. Por fin.)* No...

PABLO.— ¿Qué hora es?

CELIA.— Las cinco y media.

PABLO.— Hace mucho calor, ¿eh?

CELIA.— El viento viene del desierto.

PABLO.— Cierre. Nos vamos a ahogar aquí.

CELIA.— *(Cierra.)* Creía que podría respirarse un poco.

PABLO.— No... Ese viento es como un incendio. Lo conozco bien. *(Enciende la lámpara que tiene a mano. La luz hace más evidente que CELIA va ligeramente vestida.)* Suele ir cargado de fuego... y de malos pensamientos. En noches como ésta, allá, en el desierto, tratamos de emborracharnos. *(Queda sentado en la cama. Mira a CELIA y entorna los ojos.)* También pensamos en mujeres como usted.

CELIA.— *(Desvía la mirada.)* No ha ocurrido nada, por fin.

PABLO.— Afortunadamente, no.

CELIA.— Esperaba oír, de un momento a otro, los golpes en la puerta.

PABLO.— (*Sonríe.*) Pero nada...

CELIA.— Entonces tenemos otro día de plazo.

PABLO.— No ha amanecido aún.

CELIA.— Faltará poco.

PABLO.— También pueden llegar durante el día. ¿O no?

CELIA.— No es lo corriente.

PABLO.— Casi siempre eligen la noche para eso, ¿verdad? Son historias que suelen suceder de noche, es cierto. O a la madrugada...

CELIA.— (*Asiente, con un estremecimiento.*) Ésa es la costumbre.

PABLO.— ¿Por qué será?

CELIA.— Es... más impresionante.

PABLO.— ¿Cree que les gusta un poco hacer teatro?

CELIA.— Algo así. Les gusta ver temblar a los otros. Gozan con ello. (*Un silencio.*)

PABLO.— (*Por LEO.*) ¿Está durmiendo?

CELIA.— Por lo menos tiene los ojos cerrados. No lo sé.

PABLO.— ¿Tiene fiebre?

CELIA.— He preferido dejarlo en paz. No se queja. Supongo que está recuperándose. (*Un silencio.*)

PABLO.— ¿Qué hay entre ustedes? Si es que quiere decírmelo. He creído notar... una cosa un poco extraña.

CELIA.— Hay... una gran devoción.

PABLO.— ¿Amor?

CELIA.— Antes, yo lo llamaba así.

PABLO.— ¿Por qué no ahora?

CELIA.— No lo sé. Las cosas van cambiando sin que uno se dé cuenta. De pronto, un día, todo es diferente.

PABLO.— Ese día la relación empieza a hacerse un poco más difícil. ¿No es así?

CELIA.— (*Niega.*) Todo es más fácil a partir de entonces. Todo importa menos, ¿comprende?

PABLO.— Sí.

CELIA.— El amor, eso es lo difícil.

PABLO.— (*Se encoge de hombros.*) No tengo experiencia... matrimonial. (*Le ofrece un cigarrillo. Encienden. Fuman.*) Es usted muy bonita, hasta el punto de que... (*Se interrumpe.*) Perdone. He dicho una vulgaridad. (*Pero CELIA sonríe.*)

CELIA.— ... A la que las mujeres estamos muy acostumbradas.

PABLO.— Trato de ser original, pero pocas veces lo consigo.

CELIA.— ¿Lo consiguió alguna vez?

PABLO.— No recuerdo ninguna. (*Ríen.*) ¿Su marido se da cuenta?

CELIA.— ¿De qué?

PABLO.— De..., de esa vulgaridad.

CELIA.— (*Seria.*) De un modo... suficiente.

PABLO.— Comprendo.

CELIA.— Si quiere bromear, búsquese otro tema más divertido.

PABLO.— No..., no trataba de bromear. (*Un silencio. Ella parece reflexionar. Dice por fin.*)

CELIA.— Es... un hombre extraordinario. Puede creerlo.

PABLO.— (*También se ha puesto serio.*) Lo creo... a pesar de todo. (*Otro silencio.*)

CELIA.— ¿Se refiere a su conducta con la Policía?

PABLO.— Sí.

CELIA.— No estaba preparado para eso. Él es un escritor. Lo ha dado todo por esta causa. Se puso de este lado, enfrentándose con todo... Su familia, sus intereses... No tiene derecho...

PABLO.— (*Grave.*) ¿Cree que no?

CELIA.— Nadie... (*Pero PABLO la interrumpe.*)

PABLO.— Yo sí. (*Se abre la camisa. Está de espaldas a nosotros. CELIA hace un gesto de horror.*)

CELIA.— Pero... es horrible.

PABLO.— Ahora ya no. Lo fue.

CELIA.— Qué horror.

PABLO.— Una sencilla cicatriz.

CELIA.— ¿Cómo le hicieron eso?

PABLO.— Fácilmente. Me aplicaron un hierro... al rojo.

CELIA.— Usted dijo que nunca...

PABLO.— Hay ocasiones en que no me gusta presumir.

CELIA.— ¿Ahora sí?

PABLO.— Ahora es distinto. (*La mira fijamente. Ella sostiene la mirada. Están muy juntos.*)

CELIA.— (*Susurra.*) ¿Por qué?

PABLO.— Es de noche, estoy solo con usted en esta habitación y de pronto he sentido la necesidad de que me admire.

CELIA.— ¿Yo?

PABLO.— Sí, usted. Es una debilidad de la que no llego a avergonzarme.

CELIA.— ¿Quién se lo hizo?

PABLO.— Caí prisionero en una acción... bastante arriesgada.

CELIA.— Sigue dándose importancia, ¿no?

PABLO.— No puedo evitarlo.

CELIA.— Habría que saber cómo se comportó entonces.

PABLO.— No dije nada.

CELIA.— ¿Puedo creerlo?

PABLO.— No tenía nada que decir.

CELIA.— ¿No sabía nada?

PABLO.— No; nunca me han confiado grandes cosas.

CELIA.— Pudo inventar algo.

PABLO.— Para eso hay que tener imaginación. Yo no la tengo.

CELIA.— (*Lo mira fijamente.*) Dentro de usted hay algún misterio, pero no puedo figurarme lo que es.

PABLO.— (*Se finge halagado, con buen humor.*) ¿Me encuentra misterioso?

CELIA.— Reconozco que sí.

PABLO.— Lo soy, en la medida en que todo el mundo lo es... No de un modo especial.

CELIA.— ¿Trata de vengarse de algo? ¿Contra quién?

PABLO.— (*Ríe.*) Pero ¿qué dice?

CELIA.— ¿Quién lo torturó de ese modo? Sea sincero un momento y dígalo.

PABLO.— Le he dicho la verdad. (*Se oye un fuerte golpe de viento.*) Sigue ese viento. Nos vamos a asfixiar aquí.

CELIA.— Quema el aire.

PABLO.— A veces dura horas y horas. En los campamentos, los hombres se retuercen dentro de las tiendas. Tragamos la arena y nos parece que vamos a morir.

CELIA.— (*Tiene los ojos semicerrados.*) Por favor...

PABLO.— Qué...

CELIA.— No me encuentro muy bien. Parece como si faltara algo, el aire.

PABLO.— (*Le rodea la cintura.*) ¿Qué le ocurre?

CELIA.— Ese maldito viento. Me zumban los oídos. (*PABLO la ha tomado en sus brazos. La estrecha en ellos.*) Por favor... (*PABLO la besa. Ella al fin se desprende. Se deja caer sentada, con languidez, en el borde de la cama turca. Un silencio.*)

PABLO.— ¿Se ha enfadado conmigo?

CELIA.— ¿Para qué? Iba a reírse de mí.

PABLO.— No soy un cínico. Si piensa eso, se equivoca. Tengo otros mil defectos.

(Se abre la puerta de la habitación de LEO. Aparece éste agitado.)

LEO.— *(A CELIA.)* Apaga esa luz.

(Ella obedece mecánicamente. LEO va al ventanal y abre la persiana. Entra ya la primera, todavía débil, luz del día.)

PABLO.— ¿Qué ocurre?

LEO.— Abajo, ha parado un coche. Lo he visto desde la ventana. *(Se miran.)*

CELIA.— ¿Qué puede ser?

PABLO.— Nada...

CELIA.— ¿Cómo es el coche?

LEO.— Americano. Y se ha bajado de él un hombre de uniforme.

CELIA.— ¡No has debido asomarte!

LEO.— No me ha visto nadie. Te lo aseguro.

CELIA.— ¿Se oye el ascensor?

LEO.— *(Escucha.)* No.

PABLO.— Algún vecino juerguista que se ha retirado un poco tarde. ¿De qué se preocupan? Ahora le ajustará las cuentas su mujer. *(CELIA, sin decir nada, entra en su habitación. LEO, pálido, dice a PABLO.)*

LEO.— Era un uniforme de la Policía Militar.

PABLO.— ¿Cómo ha podido distinguirlo?

LEO.— Lo distinguiría a mucha más distancia, en la oscuridad.

PABLO.— ¿Hasta ese punto le obsesiona?

LEO.— Yo... no soy un hombre de acción. Trate de entenderlo de una vez.

PABLO.— ¿Por qué se metió en esto?

LEO.— Porque «esto» es una cosa de todos. No sólo de los hombres de acción.

PABLO.— Yo sí lo soy. Por eso no le entiendo. *(Vuelve a CELIA. Se ha puesto la falda y la blusa, que viene abrochándose.)*

CELIA.— No era nada.

PABLO.— No...

LEO.— *(Todavía excitado.)* Parece que no... *(Entonces suena un timbre que no hemos oído antes. La llamada, sin embargo, tiene las mismas características que las anteriores.)*

CELIA.— Es el timbre de abajo.

LEO.— Hanafi...

CELIA.— No podrá subir.

LEO.— Pero ¿por qué?

PABLO.— Es posible que nos avise de algo.

CELIA.— Llamaría de otra forma.

PABLO.— ¿Entonces?

CELIA.— Llama para que baje alguien.

PABLO.— ¡Yo mismo!

CELIA.— Pero tenga cuidado.

PABLO.— No se preocupe.

CELIA.— Y no suba en el ascensor... *(Sonríe.)* Si es que puede subir.

PABLO.— Claro que podré. Hasta ahora. *(Sale. Quedan CELIA y LEO solos. No se miran.)*

CELIA.— ¿Te encuentras mejor?

LEO.— Sí.

CELIA.— No vuelvas a decirme una cosa así. Ni a pensarla.

LEO.— *(Se encoge de hombros.)* No sé de qué me hablas.

CELIA.— De lo que me has dicho antes, ahí dentro.

LEO.— No lo diré más. Pero sí puede que lo haga. No lo sé todavía.

CELIA.— Si crees que tienes algo de que avergonzarte, no lo remediarás así. Eso sería... la peor de las vergüenzas.

LEO.— *(Mueve la cabeza.)* Si llega a ocurrir, tú te enterarás cuando haya ocurrido; y entonces ya no podrás decirme nada. Pero tampoco será preciso que llores. Ahora habla de otra cosa.

CELIA.— Tratas de despertar interés, piedad. Eso es lo que sucede.

LEO.— *(Triste.)* Veo que me comprendes bien. Te lo agradezco. *(Llega, sigiloso, TAYEB. CELIA lo ve. Se dirige hacia él.)*

CELIA.— ¿Qué hay? *(Él no contesta. Se sitúa, se protege.)* ¿Y Aiescha?

TAYEB.— Duerme.

CELIA.— Vuelva con ella.

TAYEB.— ¿Ocurre algo?

CELIA.— Nada. Todo va bien.

TAYEB.— ¿Y... ese hombre? *(Mira a su alrededor, con miedo.)*

CELIA.— Ha bajado un momento.

TAYEB.— (*Desolado.*) Entonces... Es posible que ya sea tarde.

LEO.— ¿Qué dice?

TAYEB.— ... De ser cierto lo que he llegado a pensar.

CELIA.— Pero ¿qué es?

TAYEB.— Al principio pensé que hacía señas a alguno de los nuestros. Pero entonces, ¿por qué me dijo que no se lo contara a nadie? Claro que siempre hay razones para que los compañeros nos ocultemos algunas cosas los unos a los otros. Eso es lo que pensé en aquel momento.

CELIA.— ¿Cuándo ha sido eso?

TAYEB.— A medianoche.

LEO.— ¿Hacia señas? ¿Cómo?

TAYEB.— Con una linterna... desde la terraza. (*CELIA y LEO se miran. Un silencio.*)

LEO.— ¿Estás seguro de eso?

TAYEB.— Claro que sí. (*Los mira, tratando de averiguar lo que piensan.*) ¿Qué ocurre? ¿Puede ser lo que yo me temía? (*Un silencio. CELIA hace un esfuerzo para decir.*)

CELIA.— No... Hacía señales a uno de los nuestros, naturalmente. Ha tenido la discreción de no decirlo para que no tuviéramos otra cosa que ocultar.

TAYEB.— ¿Otra cosa? ¿Qué?

CELIA.— (*Mira por el ventanal.*) Que hay otro grupo de amigos detrás de alguna de aquellas ventanas, a lo lejos. Yo hubiera hecho lo mismo. Tranquilícese. (*TAYEB se remueve.*)

TAYEB.— Sólo quería decirles eso; pero no sabía cómo. Creía que él estaba aquí. Era muy delicado.

CELIA.— No era necesario que nos dijera nada. De todos modos... despierte a Aïescha. Estén dispuestos por si hubiera que salir. Ha pasado todo el peligro y en cualquier momento...

TAYEB.— Descuide. Gracias. (*Entra otra vez en la habitación. El gesto de ellos cambia bruscamente. Denotan una terrible inquietud.*)

LEO.— Es un policía.

CELIA.— Calla. (*Va hacia la puerta que da al pasillo.*)

LEO.— Subirá con los otros.

CELIA.— O seguirá este juego.

LEO.— ¿Hasta cuándo? (*Un silencio.*) ¿Qué puede hacer ahora?

CELIA.— Habrá ido a enterarse... de lo que sea.

LEO.— Puede que ya lo supiera de antemano. (*Ella no sabe qué decir.*)

¿Qué podemos hacer?

CELIA.— Sólo esperar. Ahora veremos.

LEO.— Escapar. Todavía es posible.

CELIA.— ¿Adónde? ¿Cómo?

LEO.— No lo sé todavía. Estoy pensándolo.

CELIA.— Seguramente, él está aquí para impedirlo.

LEO.— (*Pensativo.*) Pero también para tratar de descubrir lo que los otros no consiguen.

CELIA.— Ese nombre.

LEO.— Sí. (*Un silencio.*) Ahora podemos escapar.

CELIA.— ¿Cómo?

LEO.— Si sube solo...

CELIA.— ¿Qué?

LEO.— Yo sería capaz.

CELIA.— (*Con horror.*) ¿De... matarlo?

LEO.— Creo... que yo sería capaz.

CELIA.— Estás loco.

LEO.— ¡Tenemos derecho a defendernos!

CELIA.— No se trata de eso. Es posible que tengamos derecho. Una «legítima defensa»... o lo que sea. Es un problema de abogados... ¡Se trata de que no somos capaces, ni tú ni yo, de una cosa así!

LEO.— Otros lo son. Estamos en guerra. No tenemos derecho a sentir esta repugnancia.

CELIA.— No es repugnancia. Es algo más allá de eso. Es...

LEO.— Yo lo haré. Yo..., yo puedo hacerlo.

CELIA.— ¡Si, por lo menos, nos atacara...; si ahora, al entrar, se lanzara contra nosotros, o nos insultara! Entonces sería fácil. (*Ha sacado una pistola del armario. La mira con horror.*) Yo también sería capaz de disparar. Pero es como un amigo. Entrará sonriendo.

LEO.— Nos está atacando. Yo siento físicamente su ataque. (*Le ha tomado la pistola.*) Tengo imaginación para eso. Estamos sentenciados a muerte por él. ¡Nos apunta con una metralleta! ¡Pero yo..., yo dispararé antes! ¡No tengas miedo, Celia! (*Está excitado. Aplica un «silenciador» a la pistola y se la guarda.*)

CELIA.— (*En voz muy baja.*) Será... la primera vez. Tendremos las manos manchadas de sangre.

LEO.— *(Con un estremecimiento.)* Ya las tenemos. Está muriendo mucha gente en esta horrible guerra. Estallan bombas en las calles de la ciudad. Ametrallan los barrios musulmanes. Todo es horrible. Calla. *(Se oye la puerta de afuera, que se abre.)*

CELIA.— Viene.

LEO.— *(Con un hilo de voz.)* Sí... *(Sus pasos. Llega PABLO sonriente. Habla con animación.)*

PABLO.— El coche americano, por muy extraño que parezca, era portador de muy buenas noticias. El barrio sigue acordonado, pero la Policía no se mueve. Todo va bien, según parece... El conductor del coche nos ha traído esto. *(Muestra un sobre.)* Y espera abajo. ¿Saben de qué se trata? *(Tiende el sobre. Es CELIA quien lo coge. Lo abre y saca de él unos papeles y unas cartulinas. Las mira detenidamente. Un silencio.)*

CELIA.— Son los salvoconductos para nuestros amigos. Los estábamos esperando.

PABLO.— Me alegro. *(Un silencio. CELIA mira a LEO.)*

CELIA.— Ese coche los llevará hasta la frontera.

LEO.— ¿Es una documentación en regla? ¿Estás segura?

CELIA.— Sí, lo es. Todo está en orden.

PABLO.— ¿Qué espera para decírselo?

CELIA.— Nada...

(Cambia una mirada furtiva con LEO y entra en la habitación. Silencio. LEO, sentado, mira a PABLO. Tiene un gesto torcido. Le sorprende la voz de PABLO, que le pregunta.)

PABLO.— ¿Está mejor? Déjeme verlo. *(LEO, mecánicamente, lo rechaza, con un gesto.)* ¿Qué le ocurre? Déjeme ver... Es posible que haya que cambiarle el apósito. Una de las llagas es bastante profunda. Déjeme. *(LEO ahora no se resiste. Tiene una mano dentro del bolsillo del pantalón, donde guardó la pistola.)* Alce los brazos, o no será posible.

LEO.— *(Bruscamente, nervioso.)* Apártese. Déjeme en paz.

(PABLO no le hace caso. Le coge el antebrazo y le obliga a sacar la mano del bolsillo. Entonces, bruscamen-

te, lo cachea con habilidad profesional. Da con la pistola y la saca del bolsillo de LEO. Lo mira sonriendo.)

PABLO.— Una pistola. ¿Para qué? *(La deja sobre el armarito. LEO está como paralizado, pero de pronto tiene una reacción violenta y trata de recuperar la pistola. PABLO se lo impide. Hay una breve lucha y PABLO inmoviliza fácilmente a LEO, que lo mira con odio.)* Déjela ahí. No le va a servir para nada.

(Suelta a LEO y se vuelve tranquilamente de espaldas a él. LEO lo mira, indeciso. No se atreve a intentarlo de nuevo. En ese momento entra CELIA con AÏESCHA y TAYEB. Mira a LEO tratando de adivinar la situación, pero LEO rehuye mirarlo.)

CELIA.— *(Por AÏESCHA y TAYEB.)* Se van. *(Un silencio. TAYEB avanza hacia LEO. Está emocionado.)*

TAYEB.— *(Le tiende la mano.)* Adiós. Les deseamos muy buena suerte. Volveremos pronto. Yo... no quisiera irme. Pero comprendo que Aïescha se encuentra mal; es cierto.

LEO.— *(Le estrecha la mano.)* Adiós.

TAYEB.— *(Se vuelve a PABLO.)* Adiós, amigo. Pensaremos mucho en ustedes. ¡Y volveremos! Tengo mucho ánimo, muchos deseos de trabajar. ¡No sabré estar allí, inactivo! Adiós.

PABLO.— Hasta pronto. *(CELIA y AÏESCHA se abrazan.)*

AÏESCHA.— Gracias por todo, Celia. Nunca la olvidaremos.

CELIA.— Dentro de unas horas estarán fuera del país. Hasta ese momento, mucha tranquilidad. ¿Entendido?

AÏESCHA.— Sí, Celia.

CELIA.— Ahora bajen. Los están esperando. *(TAYEB y AÏESCHA salen. CELIA los acompaña hasta salir con ellos. Pero vuelve en seguida. Encuentra a PABLO jugueteando con la pistola junto al armario. Mira a LEO —que está de espaldas al público— y se da cuenta de la situación. Un silencio.)* ¿Los dejará llegar?

PABLO.— *(Se vuelve.)* ¿Qué dice? No entiendo su pregunta.

CELIA.— ¿Qué piensa hacer con ellos?

PABLO.— Antes de mediodía estarán en Suiza. ¿Es eso lo que quiere saber?

CELIA.— ¿Quiere decir que los deja escapar? ¿Por qué?

PABLO.— *(Ríe.)* ¿Yo? ¿De qué me habla?

CELIA.— ¡Es inútil que los torturen! ¡No saben nada! ¡No les hagan sufrir más! ¿No les parece bastante todavía? ¡Yo se lo ruego..., que...!

PABLO.— Pero ¿qué dice? Se está expresando de un modo muy confuso.

CELIA.— ¡Digo que si lo que buscan es la identidad del dirigente de la organización, ellos no la saben! ¿Me entiende ahora? Ni ellos ni nosotros. Sépalo de una vez.

PABLO.— *(Tranquilo.)* He tenido ocasión de darme cuenta. Para mí ha sido muy tranquilizador comprobar... que el mecanismo de seguridad no ha fallado. Les doy mi enhorabuena.

CELIA.— ¿Qué quiere decir? ¿Qué nueva trampa se le ha ocurrido ahora? *(Pero PABLO no contesta a esta pregunta.)*

PABLO.— *(Saca otro sobre del bolsillo.)* Se me olvidaba decirles que, junto a ésa, ha llegado otra documentación. Es para usted. *(Se la tiende a LEO, que, después de una ligera vacilación, la coge. La mira. Un silencio.)*

LEO.— *(Balbucea.)* Yo..., yo no la he solicitado.

PABLO.— *(Habla ahora con una sorprendente autoridad, pero sin énfasis: con sencillez.)* Se pensó, sin embargo, hace unas semanas, en la conveniencia de su salida del país. Estaba demasiado señalado. Se temía ya su detención. Por desgracia los papeles han llegado un poco tarde. De todos modos, tiene que utilizarlos. Salga del país y aguarde órdenes en Italia; ahí encontrará su dirección. En el avión de la tarde hay un pasaje para usted. Entérese bien de su nueva identidad y de la hora a que debe presentarse en el aeropuerto. A esa hora la Policía es nuestra. Aprovechará ese momento para cruzar la frontera. *(Ellos están asombrados. Un silencio.)*

CELIA.— Pero ¿quién es usted?

PABLO.— *(Ríe.)* ¡Nadie! Un simple guerrillero sorprendido en la ciudad por una redada. ¿Quién quieren que sea? ¿El dirigente de la organización clandestina? ¡No, de ningún modo! Tiene la piel un poco más oscura... Si no es mucho decir. *(Sonríe.)*

CELIA.— Nosotros sabíamos que Andras Benami, al que han detenido, no era. Pero no sabemos quién es.

PABLO.— Es una preciosa ignorancia. Yo tampoco.

CELIA.— ¿De verdad?

PABLO.— (*Sonríe.*) Supongamos, por razones de seguridad, que yo no sé quién es. Supongamos que soy un guerrillero. Supongamos que me llamo Pablo. Supongamos... (*Se echa a reír. Entonces CELIA ríe. Parece otra mujer. Es una risa alegre, hasta casi llorar. Por fin se calma. Dice:*)

CELIA.— Siento mucha alegría de ver que no es usted lo que habíamos llegado a pensar.

PABLO.— También es una gran alegría para mí. Una alegría que pocas veces podemos concedernos. Tienen que perdonarme. Yo no quería llegar a tanto. Me bastaba con que se hubieran creído mi historia militar.

CELIA.— ¿No es cierta?

PABLO.— Sólo en parte. El principio. Lo demás, no.

CELIA.— Tiene... una gran imaginación.

PABLO.— Alguna.

CELIA.— Decía que no.

PABLO.— He dicho muchas cosas... con diferente éxito. (*Un silencio.*) De cualquier modo, todo lo que puedan pensar ahora sobre mí, traten de olvidarlo. La situación había llegado a ser demasiado extrema... (*Muestra la pistola.*) y no he tenido más remedio que hablar un poco para salir del atolladero. Ahora, considérenme, de nuevo, aquel violento y estúpido soldado. Tengo pruebas para que ésa sea, ante la Policía, una historia muy convincente. Es de esperar que no suceda nada, pero de todos modos... (*Un silencio. Lo miran fijamente con sorpresa y admiración. Él siente la mirada y murmura.*) Hemos llegado a una penosa situación, ¿verdad? No me refiero a estar aquí y a lo que pueda ocurrirnos todavía. Me refiero a la calle, a todo. Los hermanos no pueden darse a conocer. (*CELIA asiente, sombría. PABLO respira hondo y dice en tono más ligero:*) Confieso que la marcha de nuestros amigos me ha tranquilizado mucho. Había oído hablar de cómo estaban, pero no podía figurarme hasta qué punto. He podido comprobarlo... Ha sido un poco cruel hacerlo... Bien... La noche ha terminado... ¿Quiere prepararnos un poco de café? Un desayuno en familia no nos vendrá mal.

CELIA.— Tiene razón.

PABLO.— En cuanto a usted, (*LEO está sombrío.*) le ruego que trate de perdonarme. No se considere ofendido...

LEO.— Déjeme en paz.

(No le ha mirado. Está sentado, inmóvil, con los papeles que le dio PABLO entre las manos. PABLO se enco-

ge de hombros. CELIA manipula sobre el armarito, del que ha sacado un infernillo. Prepara el café.)

CELIA.— *(En tono ligero.)* De todos modos, me gustaría saber qué hacía usted con una linterna. ¿Es algún juego divertido?

PABLO.— *(Sonríe.)* ¿Sigue desconfiando? *(CELIA niega como diciendo «Pero...».)* Hay gente como nosotros, detrás de otra ventana.

CELIA.— *(Sonríe también.)* ¿Gente importante?

PABLO.— Todos los hermanos lo son, ¿no le parece? *(Ella mueve la cabeza, pensativa.)* ¿Qué piensa ahora?

CELIA.— Pienso que antes he dicho una mentira... y era la verdad. Tiene gracia.

PABLO.— *(Ha buscado en el armarito. Saca algo.)* ¿Unas galletas? *(Pero LEO se ha levantado y se encara con él.)*

LEO.— *(Por los papeles.)* Entonces, ¿qué quiere decir esto? No, no es preciso que me diga nada. Ya lo sé yo. Me consideran inservible..., inutilizado... Me desprecian. No tienen derecho...

PABLO.— Nadie lo considera así. Su salida estaba ya prevista antes de que empezara la redada. No se trata de una decisión a raíz de su conducta.

LEO.— *(Agresivo.)* ¿Qué tiene que decir de mi conducta?

PABLO.— *(Como diciendo «Nada».)* Ya se lo hubiera dicho. *(Un silencio. LEO parece reflexionar.)*

LEO.— ¡Así que desde antes! ¿Entonces se temía que me portara mal?

PABLO.— Así era..., por doloroso que resulte ahora decirlo.

LEO.— ¿Por qué? ¿Se me consideraba quemado? ¿Era eso?

PABLO.— *(Firme.)* Sí. Ha trabajado demasiado. No es preciso ser detenido para quemarse en una lucha como ésta. Es normal que...

LEO.— ¡No lo estoy! ¡Estoy entero como el primer día! ¡He tenido un momento de debilidad; eso ha sido todo! ¡En seguida caen sobre mí! ¿Por qué? Lo de Tayeb está justificado... Comprendo que con él se haya tomado esta medida. ¡Pero conmigo...!

PABLO.— De todos modos, debe irse. Su mujer se reunirá con usted... lo antes que sea posible.

CELIA.— *(Que ya ha preparado el café.)* Ahora lo pensaremos, Leo. Cálmate.

LEO.— ¡No tengo nada que pensar! ¡Yo no me voy! ¡Antes me dejo matar aquí de cualquier modo, en la calle, por la primera patrulla que me encuentre! No me creéis, ¿verdad? ¡Pero os voy a demostrar de lo que soy

capaz aún!, ¡os voy a demostrar...! (*Rompe los documentos. Un silencio. CELIA y PABLO se miran.*)

CELIA.— ¿Qué has hecho? Es...

LEO.— ¡Romperlos! ¡Me río de mi nueva identidad! ¡Me basta con la mía! ¿Qué tenéis que decir? ¡Os voy a demostrar...! ¡Claro que sí..., yo..., a demostraros que...! (*No puede más. Solloza nerviosamente. CELIA va a atenderlo cuando suena el timbre de abajo, pero ahora con una llamada diferente: son toques muy cortos, repetidos. Por el gesto de todos, nos damos cuenta de que es la llamada de máximo peligro.*)

CELIA.— Es... la señal de alarma.

PABLO.— Sí.

CELIA.— ¿Qué piensa?

PABLO.— Hanafi no es un hombre que se asuste por cualquier cosa. Si él llama así..., es de temer que sea muy grave.

CELIA.— (*Pálida.*) ¿Qué hacemos? (LEO, *con un movimiento nervioso, se apodera de la pistola que PABLO había dejado en cualquier sitio.*)

PABLO.— Estese quieto. ¿Qué va a hacer? (LEO *se inmoviliza como respondiendo que no va a hacer nada por ahora, que está tranquilo.*) Por si fuera la Policía, les deseo suerte. Aguanten al máximo, hagan... todo lo que puedan por guardar silencio. Vayan hasta el límite o más allá del límite si fuera preciso. Recuerden siempre que los días están contados; que el que nos pega la patada en el vientre está condenado a desaparecer. Es él quien huele a podrido, a muerto, aunque seamos nosotros los que nos desangremos todavía. En los peores momentos piensen en ello y en la liberación o dejen de pensar y aguanten el vacío; porque se han de oír, y muy pronto, las voces de la victoria... Recuerden, si quieren agarrarse a algo, que ya somos demasiada gente para caer en una red, por muy grande que sea... (*Unas lágrimas resbalan por el rostro de CELIA.*) ¿Está tranquila?

CELIA.— (*Con emoción.*) Sí.

PABLO.— Ya tenían que haber llegado. ¿A qué esperan?

CELIA.— (*Muy pálida.*) Moussa no ha podido resistir. Es horrible.

PABLO.— Olvídense de ese y de todos los nombres, de todas las relaciones. Es importante.

CELIA.— (*Como si fuera su última sonrisa.*) Ha sido un buen discípulo. Estoy contenta de su aplicación... Pablo.

PABLO.— *(Sonríe también.)* Trato de hacerlo lo mejor posible. *(LEO, en cuyo rostro se ha ido advirtiendo su enorme turbación, murmura agitado.)*

LEO.— No podré resistirlo. Ahora veo que no. Voy a decirles... algo grave...

No sé qué, algo... monstruoso. ¡No quiero! ¡Pero... no podré resistirlo!

PABLO.— *(Le pone una mano sobre el hombro, afectuosamente.)* No dirá nada. Tenía razón usted. Está muy entero todavía. ¡Y ahora vamos a ver todo lo que es capaz de hacer aún! Es mucho, ya lo sé. Y para usted será... el fin de esa vergüenza que ha sentido. A su regreso, los camaradas van a recibirlo con alegría, con respeto... y con admiración. ¿Se da cuenta de lo que puede hacer aún? ¿Está dispuesto? ¿Verdad que sí? ¿Verdad...? *(Él no contesta. Parece paralizado.)*

CELIA.— Pero Leo, ¿no escuchas? ¿Qué te pasa? ¡Leo! *(Se abraza a él. Entonces se oyen unos golpes, resonantes, en la puerta; violentos, como producidos por las culatas de las metralletas.)*

PABLO.— Son ellos. *(LEO, inopinadamente, se desprende de CELIA.)* ¿Adónde va?

(LEO con la pistola en la mano, abre el ventanal y sale a la terraza. Desde allí suena súbitamente una ráfaga de metralleta, y el cuerpo de LEO, rechazado, se desploma sobre el suelo del interior, bajo la luz, ya clara, de la mañana. CELIA da un grito y se lanza hacia allí; pero desde el fondo de la terraza avanzan hacia nosotros, hacia la habitación, las figuras de dos SOLDADOS, con las metralletas empuñadas, cruzadas sobre el pecho. Uno rechaza brutalmente a CELIA, que se refugia en PABLO. Solloza sobre su pecho. Los SOLDADOS quedan inmóviles bajo el dintel, mirándolos. En ese momento se oye el estrépito de la puerta exterior, que ha cedido sobre sus goznes. Irrumpen en la habitación un SARGENTO y tres SOLDADOS más, empuñando también las metralletas en disposición de hacer, instantáneamente, fuego. El SARGENTO hace un gesto y los SOLDADOS se distribuyen: uno esposa la muñeca derecha de PABLO con la izquierda de CELIA. Cada uno de los otros entra en una habitación. El SARGENTO les apunta con su arma.)

Sea fuerte ahora. Es su momento. *(Ella le mira entre las lágrimas.)* Yo... no soy más que un soldado..., pero... ¿Entiende? *(Ella lo ha comprendido. Asiente con firmeza, por encima de todo. Se abrazan con un abrazo que las esposas hacen más patético. Los SOLDADOS han vuelto de las habitaciones.)*

SARGENTO.— ¿Nadie más?

SOLDADO 1.— No, mi sargento.

SOLDADO 2.— No, mi sargento.

SARGENTO.— Entonces al coche. *(Los tres SOLDADOS, amenazando con las culatas de las metralletas, conducen a PABLO y CELIA hasta sacarlos fuera. El SARGENTO se dirige a uno de los SOLDADOS de la terraza, el cual se cuadra.)* Tú te quedas ahí hasta que vengan a recogerlo los de la furgoneta. Lo entregas a la presentación de la orden y en presencia del oficial. ¿Entendido? No quiero negligencias. Les pides el recibo firmado con el visto bueno del comandante.

SOLDADO 3.— *(Es el que rechazó a CELIA brutalmente.)* Sí, mi sargento. A la orden.

(El SARGENTO y el OTRO SOLDADO salen. Un silencio. El SOLDADO bosteza levemente. Sale hacia la terraza. Enciende un cigarrillo. Empieza a oírse el ruido del ascensor que se aproxima; pero ya no hay nadie para sentir miedo y el ruido suena ahora de un modo extraño, distinto. De pronto, cuando el ruido era mayor, se hace bruscamente el silencio. El ascensor se ha parado en el piso. En seguida entra HANAFI. Parece que busca algo en la desolada habitación. Busca a LEO. Cuando ve su cuerpo, acude con angustia. Se arrodilla. Toma una de sus manos. Mira hacia nosotros. Hay un silencio.)

HANAFI.— Asesinos.

(Cae el telón, y así termina la obra, con esperanza y con angustia.)